# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica | **1932** | Sábado 30 de Julio | Núm. 4

Año XIV. No. 596

SUMARIO



# Rumbo a Goethe

= De *Sur*. Buenos Aires =

## IV.—Desde América

*(Conclusión. Véanse las entregas 1, 2 y 3 del tomo en curso)*

19.—Los hombres que crean atmósfera.—Contemplar el mundo a través de la atmósfera de Virgilio o la atmósfera de Goethe. O mejor, contemplar cada uno, así, su propia tierra; someterla a la reacción Virgilio, a la reacción Goethe, a ver qué precipitado resulta. Fácil de decir, difícil de hacer. Menos difícil para Virgilio, cuyo asunto es la tierra hollada por el hombre, la nación y la agricultura. Mucho más difícil para Goethe, cuyo asunto es el armonioso desarrollo de la propia personalidad: el yo plenamente desplegado, tirante, liso y sin arrugas, donde la fuerza de ponderación sirve de medida al genio mismo. Obra maestra del corregimiento constante a lo largo de la larga vida, arte laboriosa tendida en la línea de longevidad, ochenta y tres años pletóricos, durada real con sustancia, tiempo no hueco sino golosamente henchido con la miel de cada minuto. ¡Qué relojero del corazón, Goethe!

Virgilio es la raya de la tierra, la base horizontal, el democrático suelo, donde alzan por primera vez los brazos unos hombres casi de barro todavía, y exhalan a lo alto lo único que pueden: sus lamentos. Sobre esa horizontal, hay una perpendicular que es la torre,—Goethe en el faro. Se puede no desear imitarlo, se debe acaso, pero lo que importa es el ejemplo. He allí un hombre dispuesto a adueñarse de sí. Todo el fuego de las entrañas, todo lo que hay de vísceras y humores, se va depurando hacia arriba y llega a los ojos hecho espíritu.—Goethe, en los ojos.— El secreto está en escalar la cuesta que va de las plantas a los ojos. La primera modelación arranca de la epopeya agrícola, y el ideal último está en lograr una raza de titanes, de hombres que todos sean como torres. Desde las plantas calosas de Virgilio hasta los ojos insaciables de Goethe: la senda va así, con rumbo a Goethe.

20.—Goethe no se improvisa. Se conquista con esfuerzo y se merece con siglos. Nuestros pueblos, entregados a la



W. v. Humbold

elaboración de un nuevo equilibrio étnico, apenas a punto de acomodarse, trabajados por guerras civiles y enfermedades políticas, no han tenido tiempo. Todavía llegan tarde a todas las etapas, o cuando no llegan tarde, las saltan. Así, salen de la anquilosis colonial para entrar en los acrobatismos de la democracia representativa; y más tarde, casi aprenden a elegir diputados, cuando ya se han inventado las comisiones técnicas, las juntas soviéticas. Y van a ser ricos, pero hé aquí que quiebra la moneda.—Parásitos de Europa, y no por su culpa, tienen que abreviar los procesos para ponerse al día. Los latidos circulatorios les llegan a deshora y sin ritmo. En el ambiente disparatado, la música de las conciencias todavía no encuentra su compás. ¿Soñar con titanes, con hijos heroicos de la cultura? Hacen falta, y con urgencia vital, hombres cualesquiera: apóstoles y carne de cañón, santos y soldados desconocidos.—Y sobre este mar tormentoso ¿se atreve el faro a pasear sus miradas? Su serenidad más parece una provocación. No nos alivia. ¿Qué viene a hacer Goethe entre nosotros?— Lo que siempre el faro: dar el rumbo; a pesar de todo, dar el rumbo; aunque parezca sarcasmo, dar el rumbo. Todo ideal es un sarcasmo.

(Además de que Goethe no sólo es un ejemplo humano, sino un poeta de emociones universales que no tienen frontera. El viento de Walpurgis, con su pavor, su brujería, su misterio, sopla en ráfagas de inspiración por las selvas americanas. La **Noche Rústica de Walpurgis,** de Manuel José Othón, con ser obra de mexicanismo indiscutible, brotó bajo el conjuro de Fausto.—Ya cantan —oíd—el arpa del árbol y los oboes del río; rezan las estrellas y saltan los fuegos fatuos; las aves nocturnas y los muertos cambian plegarias y amenazas; y todo el diabolismo de la montaña y del campo—los grotescos nahuales y los coyotes clamorosos, las hechiceras de nuestra tierra, "hediondas hijas de la víbora y del sapo"— corea con extrañas voces la llegada del Vaquero Marcial, diablo mayor entre los campesinos de México.— Se oye un tiro).

21.—Y sin embargo, siempre fué América una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido. Por los días del Descubrimiento, los humanistas han desenterrado la Atlántida de Platón, cuyas promesas parece que vayan a cumplirse. La novela política, a lo Tomás Moro, es el reflejo del Descubrimiento en la mente de Europa. Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía e interés el autóctono americano y adelanta algunos rasgos del hombre natural de Rosseau. Los Conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la empresa. Poco después, en busca de

libertad religiosa y de otra moral más apurada, embarcaban unos peregrinos con rumbo a la América del Norte. Si algunos, entre sus nietos, han podido ignorar a veces que en la base de su nacionalidad hay un pacto con el espíritu, no faltan entre ellos voces ardientes para recordarlo y exigirlo.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. Ya, en el **Diario de Tiefurt** (1783), había traducido las dos canciones de caníbales que trae Montaigne en sus **Ensayos** (I, XXI), concediendo así al salvaje americano un honor que pocos poetas han merecido. Entre sus amigos personales—sin contar al vagabundo Seume, que será soldado en América y oficial en Rusia, y sin reparar todavía en Humboldt que merece consideración especial— encontramos al naturalista americano Joseph Green Gogswell, con quien Goethe discurrió largamente sobre las cosas del Nuevo Mundo (Müller, 10 - V - 1819), y al ingeniero militar Eschwege, que había vivido en Portugal y en el Brasil, y a quien seguramente Goethe ponía a contribución como a todo el que podía darle noticias concretas sobre la vida de los pueblos distantes (Müller, 8 - V - 1822 y 5 - XI - 1824). Encontramos, singularmente, a Martius, el de la **Flora Brasilensis,** que vino al Brasil en 1817 en misión científica costeada por el rey de Baviera, y aquí permaneció tres años (**Cfr.** Carvalho, **Bibliotheca Exótico - Brasileira,** III, 331 - 338). Goethe se interesó vivamente por los estudios de Martius sobre botánica americana (Soret, 6 - X - 1828; 11 - XII - 1831. Eck., 7 - X - 1828; 27 - I - 1830 y 28 - III - 1831); aprovechó su teoría del desarrollo en espiral, usándola a su modo en la edición franco - alemana de la **Metamorfosis de las Plantas,** y la llevó audazmente a sus últimas conclusiones, aplicando—como decía Buffon sobre Plinio—"aquella facultad de pensar en grande que tanto multiplica la ciencia".—Un día, lo veremos disertar sobre los troncos fosilizados, que lo mismo se encuentran en Europa que entre nosotros, después de los 21 grados, dando vuelta al mundo como un cinturón (Eck., 5 - IV - 1829). Pero no sólo las plantas y los fósiles, también la obra humana en América es objeto de sus meditaciones. Sabía de las productivas colonias negras del Norte, y de cierta hipocresía anglosajona que sacaba partido de ellas mientras, para el exterior, predicaba contra la trata de negros por temor de la competencia (Eck., 1 - IX - 1829). Se declaraba dispuesto a soportar otros cincuenta años de vida si había de ver realizados estos tres sueños: un canal entre el Danubio y el Rín, un canal de Suez, y un canal de Panamá o de cualquier otro punto de América que permitiera comunicar el Golfo de México y el Océano Pacífico. "Y mucho me asombraría—anunciaba ya desde entonces—que los Estados Unidos dejasen escapar la ocasión de apropiarse una obra como esa" (Eck., 21 - II - 1827). Entre sus colecciones de cuños, había una sección para las dinastías efímeras o desaparecidas. El canciller Müller pudo admirar allí, junto a las graciosas moneditas de Colombia, otras con las armas del Emperador Iturbide y el cacto y el águila de Anáhuac (8 - III - 1824). El 10 de mayo de 1819, después de una entrevista con Cogswell, dice entusiasmado a su amigo Meyer: "Si tuviéramos veinte años menos, embarcaríamos para Norteamérica".—"Y si treinta menos—le contesta Meyer—mejor que mejor" (Müller). Este apetito de América no se apaga pronto. Cinco años después, cuando ya contaba setenta y cinco, "Quisiera irme a América, exclamaba,— pero ahora sería demasiado tarde" (Eck., 15 - II - 1824). A veces, cuando no tiene de qué hablar con los curiosos que lo visitan, escoge el tema de los Estados Unidos, y dice sobre ellos lo primero que se le ocurre, aunque parezca absurdo (Eck., 19 - IV - 1830). ¿Qué representación tendría de América este admirador de Chateaubriand que ponía la **Atala** sobre su cabeza, declarándola, con el **Pablo y Virginia,** una de las mayores obras de la moderna literatura de Francia? (Müller, 28 - III - 1830). América le parecía sin duda tierra más abierta que Europa, más dispuesta a recibir la obra del hombre. En todo caso, es indiscutible que, más que en la nuestra, pensaba en la América sajona. Durante mucho tiempo, nuestra América había estado aherrojada, más que por ninguna fuerza material, por una filosofía aisladora que creaba cierto vacío a su alrededor. Cuando sobrevino la Independencia, no todos podían entendernos, porque carecían de elementos de juicio. Goethe se acuerda del trecho de historia que ha vivido (guerra de Siete Años, separación de los Estados Unidos, Revolución Francesa, época napoleónica,—y más tarde presenciará todavía la revolución de Julio) y no viene a su espíritu la inmensa trepidación de la Independencia Hispanoamericana (Eck., 25 - I - 1824). La realidad política de los Estados Unidos da un perfil más claro, más seguro. Sus tierras son tierras de promisión para el que anhele recomenzar la vida, tras de salir maltrecho y herido de sus experiencias en Europa. Esto sólo quiere decir que, en aquel instante, la idea americana parecía refugiarse en la zona septentrional del Nuevo Mundo, porque a todos nos va tocando la vez en la gran marea de la historia.— América representaba, pues, tras el fracaso de la primera, la segunda salida de Don Quijote, la segunda y la definitiva.—Soñemos en Wilhelm Meister, dispuesto a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo: en las manos de Filina, buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos para la futura colonia. Lidia se siente maestra de primeras letras para las generaciones que han de venir. El grave Montano sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los flaqueos y los sufrimientos, los años de aprendizaje sentimental y los años de veleidosos viajes. La barca se desliza río abajo. Una leve brisa seca, en las mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que fué devuelto a la vida. De pie en la proa, **Wilhelm Meister** —Goethe— cruza los brazos y, lleno de confianza en América, contempla el horizonte.

22.—Cierto: un goethiano vino a nosotros. Llegó cuando el régimen colonial alcanzaba su término. Apreció la madurez de aquel régimen en todos sus rastros, y tal vez presintió los primeros síntomas de la descomposión, desde su cortesía perfecta de viajero (1). Un goethiano rompió los candados de la cautela y obtuvo permiso del monarca para trasponer la muralla china que rodeaba al Imperio Español. Importa, siquiera como digresión oportuna, recoger el testimonio de Alejandro de Humboldt. Acaso el poeta de Weimar vería en Humboldt una como proyección de sí mismo lanzada al nuevo Continente. Humboldt es la prueba americana de Goethe: veamos lo que dió.

La lente de Humboldt fué pulida en el mismo taller de Goethe. Este tenía plena confianza en el testimonio de la familia Humboldt, comprendiendo que era su familia. Cuando Guillermo, el mayor de los hermanos, va a París o a España, Goethe le hace sus encargos como se encarga a los propios ojos el relato de lo que vayan viendo. "Sobre todo— le dice—quiero saber cómo es exactamente Restif de la Bretonne". Este precursor del naturalismo, autor de **Le Paysan et la Paysanne Pervertis,** le parecía, por entonces, al omnipresente Goethe, una de las más grandes curiosidades de Francia.—De España, le pedirá a Guillermo de Humboldt noticias, datos y juicios sobre el arte peninsular, empeñado como estaba en escribir, con su amigo Meyer, una historia del arte. Y todavía fijará en su cuarto un mapa de España, para seguir desde su casa de Weimar el viaje de su amigo. Por eso dice bien Farinelli que Goethe anduvo por España en la persona de Guillermo de Humboldt— ¿Se asomó hacia América desde España? No lo creemos. Su misma visión de las cosas españolas contemporáneas era bastante turbia, y a través de ella difícilmente se trasparentarían en toda su verdad las vicisitudes americanas: Goethe, en efecto, no simpatiza con el levantamiento del pueblo español, y espera la reintegración de los derechos borbónicos y la restauración del lamentable Fernando (**Cfr. A.** Farinelli, **Goethe et l'Espagne**).

Aunque las relaciones de Goethe son más frecuentes con Guillermo — el hermano que se quedó en Europa — tampoco fueron escasas con Alejandro. Por 1797, Alejandro estuvo en Jena en compañía de Goethe y de Schiller. Y Aunque Goethe no dejaba de irritarse, más tarde, con las teorías de Alejandro sobre los volcanes, ello se debe a que Goethe en materia científica era más impaciente que en asuntos estéticos, por lo mis-

(1) «Durante los cinco años que hemos recorrido el Nuevo Continente, no encontramos ni la menor señal de desconfianza. Es para mí muy grato recordar aquí que, en medio de las más penosas privaciones y luchando contra los obstáculos que nacen del estado agreste de aquellos países, nunca tuvimos una sola ocasión de quejarnos por la injusticia de los hombres».—*A. de Humboldt*.

mo que tenía que habérselas con la verdad objetiva. Ya sabemos la poca amenidad con que recibía—aun de Eckermann, su criatura— cualquier observación sobre su teoría de los colores, su violín de Ingres.—Alejandro, decía, tiene celo, tenacidad y buena salud de espíritu, pero todo lo enreda! (Müller, 18 - IX - 1823). Goethe había tomado partido, en memoria de Werner, por los neptunistas, que atribuían a las influencias ácueas la formación de la corteza terrestre, y se encontraba en el bando opuesto a los plutonistas o partidarios del origen volcánico, representados por Alejandro de Humboldt y por Voigt. Los amenazaba con sus epigramas o **Xenias** (Müller, 6-III-1828). Les gastaba bromas. Presentándole a la pianista Szymanowska, escribe a Humboldt: "Como Ud. figura entre los naturalistas que creen que todo ha sido obra de los volcanes, aquí le presento a esta mujer-volcán, capaz, de arder y tostar todo lo que aun subsiste". (Müller, 10-I-1824). Entre esta amistosa disidencia, llena de buen gusto y familiaridades, la simpatía que los une nunca llega a turbarse. A Goethe le atrae aquella actividad torrencial, aquella movilidad de Euforión que hacía decir al filólogo Wolf un día que estaba de humor satírico: "¡Este Humboldt nos da otra nueva gramática americana cada quince días!" (Müller, 19 - IV - 1824). Como Goethe estima a Humboldt de veras, lamenta que las esperanzas políticas de éste hayan quedado burladas. "Al partir para América, dejaba tras de sí la República. A su regreso, se encontró con un dictador que le dijo despectivamente:— ¿Con que Ud. se ocupa en yerbas y plantas? Creo que a mi mujer también le divierten esas cosas". Y llora sobre las ruinas del Instituto Nacional que, durante la ausencia de Humboldt que era su alma, se transformó visiblemente (Müller, 28-V-1825).— Una carta de Humboldt—ora le describa sus últimas impresiones del Gran Duque Carlos Augusto, ora le hable del silencio y la soledad de los umbrosos bosques de América—es siempre una fiesta para Goethe (Müller, 19 - II - 1825.— Eck., 23 - X - 1828). No disimula lo mucho que le debe. He aquí lo que Eckermann le ha oído decir repetidas veces: reconoce la importancia que tuvo, para su propia formación, el que los hermanos Humboldt "comenzaran a desenvolverse ante su vista" (12-V-1825); lo que entiende de Colombia y de Cuba, lo debe a las narraciones de Alejandro, y son éstas las que lo llevan a reflexionar sobre el Canal entre el Golfo y el Pacífico (21 - II - 1827). "Alejandro de Humboldt ha estado unas horas conmigo esta mañana. ¡Qué hombre! A pesar de que lo conozco hace mucho tiempo, cada día me asombra otra vez. No hay otro como él en conocimiento y en saber vividos. Nadie abarca más; todo lo domina y, en cualquier asunto, nos da alimento con sus tesoros espirituales. Parece una fuente con muchos caños: corre sin cesar, y no tenemos más que acercar el vaso. Se quedará aquí unos días, que van a aprovecharme como si fueran años" (11 - XII - 1826). E insiste: "Cuando Alejandro de Humboldt pasó por aquí, me hizo avanzar en un día, en los asuntos que yo estudiaba y quería conocer, mucho más de lo que yo sólo hubiera conseguido en años enteros de trabajo". (3 - V - 1827). Carlos Augusto había hecho bien en aconsejarse con él: "Humboldt es el hombre que, por la universalidad de sus conocimientos, puede dar a cualquier pregunta la contestación más pronta y la más profunda" (23 - X - 1828).

Fiel a su método visual—sus inspiraciones más sublimes proceden a veces de una estampa mediocre—cuando Alejandro le envía los primeros volúmenes de su **Voyage Equinoxial,** Goethe, a falta de cartas especiales, traza por sí mismo un diseño aproximado de las montañas de América y de Europa, marcando la línea de las nieves perpetuas (**Goethe's Briefe, XIX,** 297. Carta del 3 - IV - 1807).— Podemos, pues, arriesgarnos a decir que Goethe viajó por América en la persona de su amigo Alejandro. En Alejandro vislumbramos un poco de lo que Goethe hubiera descubierto en América. "Cuando aprendemos de un amigo que tiene nuestros mismos gustos o inclinaciones, es como si nos sometiéramos nosotros mismos a las experiencias que él llevó a cabo". Casi todo une a Goethe y a Alejandro de Humboldt, y casi nada los separa. Todavía, para que haya más, es conmovedor recordar que, al andar del tiempo, cuando la trágica y tierna criatura Bettina Brentano se erija en defensora de las libertades populares—sin duda flameada por el fuego de Berlichingen — la que nació con Goethe a la vida y a la pasión del espíritu, hallará en Alejandro de Humboldt su principal sostén.

23. — **Digresión sobre Alejandro de Humboldt.**— Sucedió, pues, que Alejandro de Humboldt—en cuya alma se revolvía, buscando expresión, una imagen del universo—encontró su vocación a pesar de todo. ¿Que lo dedicaban a estudios mercantiles? No importa: trazaba los viajes de la plata como se sigue el itinerario de las aventuras de Cook, y los números se le figuraban piratas que embarcan en Veracruz, en Acapulco, en Cartagena de Indias, en Lima, en Buenos Aires. Al fin salió a medir con sus pasos los datos de las estadísticas, a recorrer la tierra siguiendo el camino de los guarismos. A serle posible, hubiera subido hasta las estrellas. — Practicó durante cinco años nueve mil leguas de tierra americana—en total, seis naciones: Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, Perú, México—; y luego, aunque pensó descargarse de la elaboración de sus noticias en unos dos años y medio, acabó por consagrarles veintisiete años: en rigor, el resto de su vida.— Carlos Pereyra, el único americano que haya procurado devolverle un amplio testimonio de nuestra gratitud, resume así la obra de Humboldt: "Fué el geólogo y el naturalista, el geógrafo sobre todo, que haya recogido mayor número de observaciones en América para sistematizar los conocimientos en cuatro o cinco ramos de la ciencia que todavía estaban envueltos entre las nieblas del caos original; y como coronamiento, fué el genial fundador de la filosofía social en los países americanos".

Sus relatos procuran el tono impersonal de las monografías científicas. Ello nada quita a la majestad de un estilo cósmico, capaz de dominar montañas, escalar cielos y sondear océanos; nada quita a la sensibilidad de una narración en que la humilde fuente, punto de referencia para tirar una cordenada, merece al paso alguna mención inconfundible. Pero en aquella alma espaciosa y pródiga tampoco falta sitio para los sentimientos mejores. Una pequeña indiscreción, un secreto a voces, no daña la fama del viajero y nos lo hace todavía más simpático: en el Virreinato de la Nueva España, que sólo se proponía atravesar, se fué alargando insensiblemente, y a esa circunstancia debemos el espléndido retrato de México que sigue siendo nuestro orgullo. Ahora bien, sabemos que no lo retuvo solamente el interés científico. Rindamos un tributo a la memoria de la Güera Rodríguez. En lo alto de aquel cielo geométrico, el fulgor de una cabellera rubia cruza como un cometa aventurero.



Madera de *J. Ml. Sánchez*

## *Eva a Adán*

Si tienes sed, Adán, abrévate en mi boca.
¡Ten fe, y obra el milagro! Mis besos serán buenos
como el agua que un día brotará de la roca
y como la que el Hijo de humildes nazarenos

qué será, de amar tanto, Dios mismo, cambie en vino.
Si tienes hambre, toma, mi corazón es vianda.
Mis ojos son antorchas que alumbran tu camino,
y el camino soy yo. ¡Oh, bebe y come y anda!

En mis débiles brazos está tu fortaleza;
por mí lo serás todo y triunfarás de todo;
por mí tus ojos pueden descubrir la belleza,

tus pasos echar alas, tu suavidad ser fuerte...
Yo soy quien te completa, mortal, desde que el lodo
se impregnó del aliento de Dios contra la muerte.

**Claudia Lars**

24.—**La Güera Rodríguez.**—He aquí cómo se conserva, a medio siglo, la reliquia de los amores del sabio, en las cartas de una dama inglesa, esposa del Ministro español en México,—Madama Calderón de la Barca:

(México, 5 de enero de 1840).

"No quiero acabar esta carta sin contarte que recibí esta mañana la visita de una persona muy interesante y muy conocida aquí con el nombre de La Güera (la Rubia) Rodríguez, de quien se dice que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la más hermosa mujer que hubiera encontrado en el curso de sus viajes. Considerando el mucho tiempo transcurrido desde que el ilustre viajero visitó estas comarcas, me asombré cuando me presentaron su tarjeta, y más todavía cuando, a despecho del tiempo y los surcos con que se complace en marcar las más lindas caras, me encontré con que la Güera conserva una profusión de rizos rubios sin un sólo cabello gris, unos deslumbradores dientes blancos, unos ojos muy bellos y una grande vivacidad... La Güera, aparte ser muy agradable, me pareció una crónica viviente. Está casada con su tercer marido, y ha tenido tres hijas, todas de famosa belleza: la Condesa de Regla, que falleció en Nueva York y fué enterrada en aquella catedral, la Marquesa de Guadalupe, también muerta, y la Marquesa de A - a, que ahora es una preciosa viuda.—Hablamos de Humboldt. Entonces, tratando de sí misma como de tercera persona, contóme todas las circunstancias de su primera entrevista y cómo empezó la admiración de Humboldt por ella. Era muy joven, aunque ya casada y con dos retoños. Cuando él se acercó a saludar a la madre de la Güera, la muchacha estaba cosiendo, sentada en un ángulo del salón donde el Barón no podía verla. En el curso de la conversación, manifestó él gran interés a propósito de la cochinilla, y preguntó si podría visitar cierta región donde había unas nopaleras. "Por supuesto—dijo la Güera interviniendo—, podemos llevar allá al señor Humboldt". Este, descubréndola entonces, quedóse como fascinado, y sólo al cabo de un instante pudo exclamar: —¡**Válgame Dios! Pero ¿quién es esta muchacha?** Y, de allí en adelante, siempre estaba a su lado. Y todavía más cautivado, según aseguran, por su ingenio que por su belleza, la consideraba como una Mme. de Stael occidental. Todo esto me hace pensar que el grave viajero cayó bajo el embrujamiento de la Güera, y que ni minas ni montañas, ni geografía o geología, ni las conchas petrificadas o **alpenkalkstein,** bastaron a desalojar en él un pequeño estrato de galantería. Es un alivio pensar que, a veces, también el grande Humboldt dormita".

Nada, ni la astronomía, ni la geología, ni la historia natural, ni el estudio de la economía o de las costumbres, ni el arrobamiento ante la hermosa mexicana hubieran cuadrado mal en Goethe. —Fausto, a media subida de la ciencia, levanta los ojos y exclama: ¡**Válgame Dios! Pero ¿quién es esta muchacha?**

25.—Sin miedo a reducir proporciones y a bajar la escala, sería curioso averiguar si hemos tenido en América espíritus del orden goethiano. Algunas vez leí el nombre de Rodó—aunque en él hay morbideces a lo Renan—incluído en la familia de Weimar. Ya sé que en estos últimos días, gente incapaz de ensartar seguidas dos palabras, mucho menos de apreciar el arte magistral de Rodó, se autoriza de la refracción que traen los años, las modas cambiantes y las necesidades nuevas, para darse el bajo placer de desdeñarlo sin conocerlo. Verdad es que su misma actitud de contemplador intelectual parece dejarlo fuera de la vida americana contemporánea. Pero no olvidemos que también él trajo alguna palabra de combate. Además, creer que todos se han equivocado antes para que ahora acertemos nosotros es la más vulgar caricatura del hegelianismo, y también la más difundida por desgracia. ¡Como si la vida no estuviera en movimiento continuo, y no tocara a cada uno otra perspectiva de problemas! Ayer las predicaciones de Ariel. Hoy, por ejemplo, las estocadas de Mariátegui.

Pero, de un modo general, es evidente que nuestra América prefiera al apóstol social o al llamado hombre de acción. El ambiente lo quiere así; el ambiente cuya pugnacidad hace endurecerse a sus criaturas o las hace desaparecer; el ambiente de autofagismo: el que devoró en breves instantes a José Martí, hombre el más dotado para las letras en nuestra América, y uno de los mejor dotados en la lengua española.— Sin duda (durante el pasado siglo—porque hoy el espectáculo es todavía más bronco,—las sociedades intelectuales de América se han gobernado por maestros: Bello, Sarmiento, Luz y Caballero, Montalvo, Ramírez, Barreda, Hostos, y más cerca Sierra y Rodó. Por rara excepción estos maestros habrán podido desarrollarse como meros organizadores de la cultura. Ellos participaban siempre del "clérigo" y del "laico", mezclaban el agua con el vino. Como aquellos jefes de las guerras civiles españoles que juntaban el oficio de la misa al oficio militar (¡su abuelo anda en el Poema del Cid)! y se echaban al campo de batalla sin soltar la cruz, y ceñían la espada sobre los hábitos sacerdotales, nuestros directores de cultura han tenido que ser algo caudillos, y alternan muchas veces la pluma y la espada a lo Garcilaso.— Al servicio de la patria o del partido en las incontables luchas armadas, o al servicio más o menos directo de la política en las treguas de la guerra civil—puesto que, entre nosotros, el trabajo intelectual "no paga su hombre"—el héroe de cultura fácilmente se contamina de otros géneros de heroicidad. Benda disertaría sobre esto, inacabable.— Sin duda hemos tenido épocas de bonanza, para los privilegiados al menos, ya que todavía luchamos por una fórmula de civilización que cobije a todas las clases. Sin duda que los gobiernos no tienen toda la culpa de nuestra condición ambiente. Al contrario: cierta especie de respeto romántico, que anda en el aire mezclado con otras fuerzas opuestas, quisiera devolver al vate algo de su prestigio bíblico y a veces hasta espera de él que se erija en verdadero pastor de pueblos. A poco que pueda, el dictador corre un velo sobre los errores privados del juglar, y le perdona la cárcel en mérito de su canción. A poco que pueda, la revolución abre la mano, y da tiempo a que el intelectual acabe su lenta asimilación de las realidades nuevas y se acerque a ella como a la montaña. El mal está más

allá de las voluntades individuales y aun colectivas: es un mal del tiempo, un mal en el tiempo.

Sea, para mejor describirlo, el ejemplo de la paz porfiriana en México, que bien pudo servir de plantel a los héroes de la cultura y desde luego produjo a Sierra. ¿Qué aconteció entonces como fenómeno general en la poesía? Que aún no había tiempo para que madurara lo propio, y la floración se desató por la línea del menor esfuerzo: primero, la imitación de la literatura dominante en el mundo, el Simbolismo francés; segundo, el retruécano de alma, el culteranismo connatural de América—carácter ya bien conocido. Y fué el Modernismo, arte de exageración individual, que eso significó en su tiempo aun cuando, a la luz de posteriores experiencias, aquellas exageraciones nos parezcan juegos de niños y algunas de las nuevas nos parezcan justificarse ya dentro de otra filosofía.—Porque era más fácil, por una parte, ponerse a la escuela de lo ya hecho en el Viejo Mundo; y por otra, era más cómodo ceder al capricho individual, entregarse a la esgrima del ataque en punta, que no solicitar ese avance de toda el alma, avance en línea desplegada, avance a lo Goethe: éste parece necesitar una acumulación de procesos culturales para la cual nuestra América no ha tenido tiempo todavía. La paz, la felicidad limitada y provisional de la era porfiriana, pueden considerarse un fenómeno entre paréntesis, como los que deja sin resolver—a izquierda y a derecha—si es que la situación del paréntesis no es ya un comienzo de solución—la filosofía alemana de nuestros días, mientras se zambulle en el flujo neutro del vivir. Como ese paréntesis no estaba incorporado, disuelto en el flujo, sus efectos tienden necesariamente al descastamiento. Mucho más arraigado se ve en el suelo mexicano el grupo de escritores que acompañaba a Benito Juárez, por lo mismo que nadaba en plena corriente. Pero aquí la argumentación nos embiste con el otro cuerno: no se puede nadar y guardar la ropa; a mayor participación en la lucha ambiente (cuando ella es realmente exacerbada) menor rendimiento espiritual. Sólo el apaciguamiento de las aguas, sólo la conquista de cierto estado social puede servirnos. Una enfermedad, pues, en el tiempo. Pero que no se cura con el solo correr del tiempo, sino con el tiempo y la intención. "El tiempo y yo para otros dos", decía el Emperador Carlos V.

26.—¿Cómo, entonces, aplicar a Goethe? Como una consigna general: acordaos siempre de entender. El rencor que dejan en pos de sí nuestras guerras civiles y nuestras luchas sociales se calma con ungüento goethiano. Quien, ante un fenómeno nuevo, no da con la nueva representación moral, siente rencor. Rencor: falta de acomodo, para una emoción inédita, en nuestro sistema del mundo. Sensación de estorbo sublimada,—no: satanizada.— Aquí nos acuda Goethe con su sistema de suma y adopción perpetua de nuevos valores añadidos. A diferencia de Nietzsche, explica Zweig, que muere y resucita otra vez para poder adelantar en el descubrimiento del yo, Goethe nada sacrifica ni destruye, sino que, a cada aportación nueva, transforma químicamente y destila su gozosa sustancia. Goethe es confianza y comprensión, lealtad al Espíritu de la Tierra. Nuestro ser mismo no es, para él, cosa fatal: podemos modelarlo poco a poco conforme a una norma libremente aceptada y pacientemente perseguida, con paciencia y con seguridad de jardinero. Goethe, o la estrategia de movilizar todas las virtudes constructivas. Ufana palmera que echa un nuevo anillo en el tronco cada año.— Y si se ha dicho que el germánico, desbordado a ensueños y a tentaciones encontradas, tiene que conquistarse a sí mismo en mayor medida que el latino ¿qué decir de los iberoamericanos, en cuya sangre hierven juntas las sales irremisibles del mestizaje? (Y aclaremos, para ahorrar inútiles distingos entre la parte europea y la parte mezclada o autóctona de nuestras poblaciones, que el concepto de mestizaje puede extenderse de lo étnico o lo cultural, y significar también una inadecuación entre una cultura importada a la buena de Dios y un medio natural rehacio. De ningún modo el vástago italiano del Plata tendría derecho a considerarse como un heredero legítimo de Dante).— Entre nosotros, hay que dar vehículo a esas masas sin amalgama, hay que dar distancia a las energías—la distancia que sólo da el entendimiento—para que hagan algo más que chocar. En aquellas zonas donde la crisis americana se presenta en toda su nitidez, sin disfraces de gratuita, o casual, o pasajera prosperidad económica que cada vez nos engañan menos, no sólo hay dolor, sino una excesiva sed de dolor y casi un culto, lo cual seguramente no crea las razas mejores.

La cuestión se reduce así: ¿qué tiene que ver la cumbre con los trabajos del que sube por la ladera? Y se contesta sola. Pero la meta sólo se alcanza con el método del alpinista, método en dos partes: lo primero es darse todos la mano; lo segundo, poner el acento en el propio esfuerzo. Esto último es esencial. "No basta—decía Goethe a Eckermann—dar pasos que algún día pueden llevar a la meta, sino que cada paso debe ser una meta, sin dejar tampoco de ser un paso". La América que esperamos, cuando brote de cada uno, habrá brotado al mismo tiempo de todos. La cooperación no nos da el alma: ésa sólo podemos criarla nosotros. Si una ley de la sociedad nos pone en situación de ser más felices o más fuertes, tanto mejor; pero lo primero es que nuestra propia ley individual suba de quilates. Goethe, ya para morir, dejó estas palabras — las últimas que escribió—en el album del joven Arnim: "Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios". Recojamos todas las colaboraciones de la fortuna, pero no le entreguemos todo a la fortuna. No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores. La salvación, la felicidad— ¡y hasta la originalidad literaria! —son subproductos que se encuentran de paso, como el cok, mientras se fabrica otra cosa.

**Alfonso Reyes**

Rio de Janeiro, marzo de 1922.

# *Estampas*

## *Hombres, hombres es lo que falta*

= *Colaboración directa* =

Obra lenta pero segura llamaba don Francisco Giner a la labor de hacer hombres. Lo cuenta José Pijoán, el discípulo que llega un día a visitar al maestro y prolonga cuatro años su estancia. Había sabiduría y los jóvenes que querían formarse en ella lo buscaban con devoción. El emprendía la obra lenta pero segura y modelaba espíritus grandes. Pijoán es uno de ellos. Recuerda en su libro sin corpulencia (**Mi Don Francisco Giner**) la penetración fecunda del maestro en la juventud. Hombres, hombres es lo que falta.

Obra difícil, comenta Pijoán, porque ¡cómo hacer hombres de esta juventud que se ha ya estropeado o amortiguado en las escuelas elementales y en los institutos secundarios de España! Y en las escuelas y en los institutos de fuera de España, amigo Pijoán. Es obra no sólo difícil, sino imposible sin la renovación total y profunda de las pedagogías oficiales. Don Francisco fundó la Institución Libre de Enseñanza y sólo así pudo agrupar unas pocas unidades de la juventud que quería vivir y no vegetar. Pero no se multiplican las Instituciones Libres y las juventudes de todos los pueblos se estropean y perecen para la obra creadora.

Faltan hombres y a la obra de hacerlos no consagran tiempo los gobiernos. ¿Pero es función de gobiernos? Tal vez no. Si somos fieles al pensamiento de don Francisco Giner tenemos que decir que no creemos en la eficacia de lo que desde el gobierno pueda hacerse. Una obra de sabiduría no encuentra modeladores en la agitación infecunda de unos hombres sin horizonte. Porque precisamente la juventud que necesita entresacarse porque alboree en ella la promesa, no es la juventud preferida de los gobiernos. Para éstos el acopio hay que hacerlo de entre aquellas unidades blandas a toda voz de mando. La obediencia no perfila jamás la figura austera sino al simulador, al adulón que vive alfeñicando la obra desmedrada. Los gobiernos necesitan de sostenes que giren por donde sople el viento oficial. ¿Cómo resolverse por el apartadizo que no anda pie a pie siguiendo el camino que se le marque?

Debe entonces ser obra de instituciones libres de la influencia de los gobiernos. Instituciones que agrupen espíritus de un gran poder constructivo. Para ellas la tarea de hacerle hombres a un pueblo. Entréguense a estos seminarios las juventudes para que las desbasten y les den varonilidad. A veces es un hombre el que desentraña la institución y le da su alma. Cuando Pijoán nos vuelve meditativos en torno a la vida de don Francisco Giner comprendemos cuán afortunado es el pueblo a quien le nace una figura prócer. En contacto con ella la gente joven aprende a ser fuerte. Y la fortaleza da estructura que no quiebra jamás. El libro sin corpulencia que escribió Pijoán nos descubre al Giner de los Ríos que necesitan ver los pueblos para tener un modelo con el cual contrastar a sus propios hombres. Y sobre todo las juventudes inquietas, las que tratan de romper el nivel tremendo del arrebañamiento.

En su obra de hacer hombres era implacable el maestro. Fijaba su pensamiento sobre los gobiernos y decía: "¡Canallas, podéis triunfar hoy y sumergir el país en un marasmo... de corrupción y estulticia... Pero seréis juzgados, generaciones de víboras! Pensáis que nadie os ve y os pavoneáis satisfechos de vuestra maldad. Sin embargo os juzgará la historia, os juzgamos ya nosotros, unos cuantos que estamos despiertos y que desde ahora os emplazamos al fallo del porvenir". Así hablaba a la gente nueva agrupada en torno suyo, precisamente para librarla de la nivelación del arrebañamiento Si debiéramos hablar a alguien que estuviera anhelante de trabajar por su país le hablaríamos con esa vehemencia. Y es que ese alguien es muchas veces nuestro propio yo. ¡Empero grande el de hacerse hombre cuando por todas partes se ve vivir la vida de la más perfecta conformidad!

En ese empeño notamos a un estudiante salvadoreño que nos escribe para despertar clamor contra la barbarie de los despotismos. Quiere hacerse su propia varonilidad. Y entonces sale a buscar voces honradas que hablen por Haya de la Torre, por Juan Marinello, que representan a todos los perseguidos de Perú y de Cuba. Pues ya que andamos tras la misma aspiración le decimos que estos medios son buenos para forjar hombres, porque son agresivos. El que no se apoca y trabaja tesoneramente consigue una gran fortaleza. Con ella puede servir a su país y exclamar como don Francisco Giner a los malos gobernantes: desde ahora os emplazamos al fallo de la historia. Para ningún otro altísimo menester, sino es el de servir a un pueblo, quería don Francisco hacer hombres. Y es que la tarea creadora más apreciable para el hombre es aquella que lo vuelve vigilante de los destinos de una nación.

Vigilante y batallador a la vez. Señalar en el horizonte la manga de langostas, pero correr luego al exterminio sin que la vigilancia se abata. Así lo sentimos y queremos difundir el mismo sentido. Es obra

## *La voz de un joven que quiere vigilar y luchar*

San Salvador, julio 6 de 1932.

Señor Juan del Camino,
San José. Costa Rica.

He leído en el número 589 correspondiente al sábado 11 de junio de este año del gran **Repertorio Americano**, su vibrante artículo, "Dos caminos a seguir. ¡Dennos juventud que quiere vivir, no vegetar!" impregnado de esa santa cólera, como todos los que Ud. escribe, cuando se refiere a los tristes tiranuelos de nuestra América.

Yo, que cuento con diez y ocho años de edad y que ahora es cuando voy principiando a conocer las realidades de la vida, no puedo más que sentir que mi joven corazón se llena de cólera y de odio hacia esos déspotas, que no cuentan con más armas que su espada sangrienta y su alma corrompida. Ellos, que intentan segar dos vidas y dejan que esos cuerpos se pudran en calabozos inmundos.

Juan Marinello y Víctor Raúl Haya de la Torre, glorias de América, son dos jóvenes que, como Ud. dice, no vegetan, sino viven. Viven en una continua lucha. Viven por salvar a la Patria.

Pero a los tiranos no les importa que estos jóvenes hagan el sacrificio de su vida, si han de servir de obstáculo para la realización de sus planes macabros. A las juventudes de esta América nuestra les falta el valor necesario para poder hacer algo por estos bravos muchachos, que hoy más que nunca necesitan de su apoyo.

A veces nos preguntamos: ¿Qué se han hecho las rebeldías de que tanto alardean las juventudes de estos países en épocas de libertad, y cuando llega el momento de poner a prueba su hombría y su valor, guardan un profundo silencio dejando, impasibles, desfilar ante sus ojos cuadros de horror salpicados de sangre? ¿Será que la juventud de Cuba etá encarnada solamente en Juan Marinello y la del Perú en Víctor Raúl Haya de la Torre y unos pocos más?

Ojalá que estas juventudes no sean sólo palabras, sino que esas palabras se conviertan en hechos.

Ud. pregunta: "¿Y quién hablará por ellos? ¿Qué pueblo, que gobierno?", yo creo que ningún pueblo de América protestará por la barbarie de esos sátrapas asquerosos que hoy detentan el poder y desde su asiento olímpico ordenan que se torture a dos hombres dignos de la admiración del mundo, y digo que no protestará porque estos pueblos tienen miedo de desatar la cólera del amo. Y tampoco habrá gobierno alguno que eleve su voz a favor de Marinello y Haya de la Torre, porque estos gobiernos tiemblan, a su vez, ante la cólera del yankee.

Pero los que sentimos el alma libre y el corazón dispuesto para las causas nobles, bueno es que hablemos, aunque malamente, porque peor es callar.

Y ya que los demás callan, yo quiero que Ud. sepa que no todos nos resignamos a soportar los abusos de los sátrapas; quiero también dejar contar mi más enérgica protesta, aunque valga muy poco, contra esos tiranos que pasarán a la Historia marcados con el hierro candente de sus crímenes.

Su afectísimo amigo y seguro servidor, aunque no tenga el gusto de conocerlo.

**Salvador Araujo**

Mi dirección es:
*Colegio GARCIA FLAMENCO.*
*San Salvador, El Salvador, C. A.*

de sacrificio y en apariencia enteramente inútil. Contra el criterio de inutilidad oponemos la expresión profética de Giner de los Ríos: emplazados para el porvenir. Si el mal se combate y mil amenazas se vuelven contra el combatiente hay que redoblar la lucha. De otro modo no hay redención, lo que el hombre de honor y de decoro llama redención cuando habla de las miserias de un pueblo.

Se emplaza para el porvenir al canalla que pudre la libertad y el bienestar de los pueblos. Se emplaza para el porvenir a las generaciones que hacen coro al canalla. El juicio terrible es el de la posteridad, porque es desconocido aunque profetizado. La astronomía adivina en la posición de las constelaciones sucesos que traerán miserias sobre el planeta terrestre. El juego infame de los hombres cuando tienen en sus manos el gobierno de los pueblos, dice también en un lenguaje claro el juicio que se grabará como estigma perpetuo. Lo leen a su tiempo las generaciones a quienes toque vivir en la maldición nacida de la corrupción y de la estulticia de los canallas con gobierno, o de los canallas simplemente. Leyes del tiempo—dice Gracián—no conocen excepción. Y una ley implacable es la del juicio que ha de dar el porvenir cuando el presente por incapacidad no puede combatir. Todo presente humillante fecunda un porvenir severo.

Mas, no confiemos a la posteridad, a su justicia implacable, lo que estamos obligados a juzgar en el presente. Si despertamos a la vigilancia también lo hicimos al combate. Tenemos varonilidad y es para salirle al paso al perverso que quiere desmoronarle la libertad a un pueblo.

No es la simple censura lo que nos da el puesto de luchadores. Censura y exterminio de la corrupción, de la estulticia. En este sentido la cólera de don Francisco Giner es majestuosa, porque exclama: os juzgamos ya nosotros, unos cuantos que estamos despiertos. Lo que equivale a decir: para la posteridad el juicio sobre la obra irremediable en sus desastres; para ahora la palabra fulminante y severa.

Nada tan constructivo para la gente joven como el ejemplo de la gente prócer. Por esto nos gusta ir a los mayores y desentrañar sus enseñanzas. Esta de Giner de los Ríos es grande. Vivió bajo el anhelo formidable de hacer un grupito de hombres, que dice la expresión recatada de Pijoán. Pidamos también formadores de hombres en una época decaída, para infundir la varonilidad que lleva a la vigilancia y a la lucha. No los busquemos en los gobiernos ni en las organizaciones. a ellos subordinadas. Acordarse de que son muchos los males contra los cuales precisa luchar y el temple debe recibirse de una llama de sabiduría y no de un chisporroteo de estulticia. Salvador Araujo, el estudiante salvadoreño que se asoma fuera de su aula y busca el horizonte en cuyo confín las barbaries atropellan y asesinan, quiere vigilar y luchar.

**Juan del Camino**

Costa Rica y julio de 1932.

Hágase del excelente folleto *Mi don Francisco Giner*, (1906-1910), por J. Pijoán. - Precio: ₡ 1.50; solicítelo al Admor. del *Rep. Am.*






## *Himno litúrgico*

= Versión de *S. de la S.*, para Repertorio Americano, de la traducción inglesa de *Mrs. Henry Lucas.* =

¿A qué, oh Dios, podría compararte
si nada contigo es comparable?
¿Bajo qué imagen podría imaginarte
si no hay forma de la naturaleza que no responda a Ti?

Las estrellas hacen sus cursos en carros esplendentes,
pero Tu gloria sobrepasa ese esplendor.
¿Qué mente podrá abarcar el plan de Tu obra?
¿Qué verbo podría definirte?
¿Qué lengua decir Tu divino poder?

¿Puede acercarse corazón alguno a Tu rectitud indecible?
¿Puede algún ojo contemplarla?
¿Y a quién llamaste a consejo
cuando no había a quien llamar
sino sólo Tú, Tú único, existías, el primero?

Por los siglos eternos el universo es Tu testigo
de que nadie comparte la gloria de su Creador.
Tu sabiduría está patente
en todo cuanto Tu voluntad forjó,
y todo lleva manifiesta impresión de Tu sello.

Antes de que se alzaran los pilares que sostienen el cielo,
antes de que las altas montañas fueran hechas,
antes de que entre monte y monte se tendieran las colinas,
Tú, en Tu majestad única,
oh Dios, estabas ya entronizado.

Los corazones que Te buscan se detienen de buscarte,
y callan las lenguas, cansadas de alabarte.
Ilimitado por el tiempo y el espacio,
Tú pervades, apoyas, abarcas al mundo y todo lo creado.

Entorpécense las mentes de los sabios,
y la rapidez, semejante a la del rayo, del pensamiento es tarda.
"Terrible en alabanza" Te nombramos.
Llenas este universo que Tu mano forjó
y eres proclamado fortísimo de fuerza.

Hondo, hondo, más allá de lo sondable,
lejos, lejos, más allá de lo comensurable
habríamos de buscar Tus hechos.
Santos Tuyos que somos, nos inclinamos delante de Tu trono
y Tu suma lealtad entonces haces patente.

Pues podemos, entonces, discernir Tu justicia,
aprender y proclamar Tu santa ley.
¿No está eternamente cercana Tu presencia
para quienes penitentemente rezan,
pero lejana para aquellos que en el pecado se desvían?

Almas puras Te contemplan
y no requieren luz.
Te oyen y Te escuchan con el oído agudo del espíritu,
lento aunque sea y torpe el oído de la carne.
Sus voces responden cadenciosamente a Tu voz.
Todos proclaman Tu santidad eterna:
¡Hosana, señor Dios de los Ejércitos,
santo, santo, santo!

**Judá Ha-Leví**

# Don Miguel de Unamuno, Don Quijote de la Lengua Española

= De *La Nación*. Buenos Aires =

La lengua crea al hombre: en el principio fué el Verbo. Y la acción que deriva del Verbo vino después. Y con la acción se modeló el músculo, que ya el cerebro había sido forjado por la idea, que es también Verbo. La acción es hija, pues, del Verbo y puede decirse que a tal Verbo corresponde tal acción y a tal lengua tal músculo. Y ha habido, en fin, en la historia, la acción de unos hombres que hablaban un lenguaje inmortalizado en el Verbo de Don Quijote.

Estas reflexiones acudían a mi espíritu después de haber leído el quijotesco discurso de nuestro gran Don Miguel de Unamuno, encarnación pura del Hidalgo castellano. Alejado de España desde hace muchos años, puedo comprender, mejor quizás que los que habitan la península, el asombro del francés que se interesa por España ante el problema de la lengua del Estado. Pero—¿puede ponerse en duda un instante la supremacía histórica y presente del castellano, o mejor, del español?—puesto que hora es ya de designar sólo así a la lengua que tuvo su origen en Castilla y que se habla hoy en veinte naciones de cultura hispana.

Y no se hable de lengua sojuzgada, dominada, tiranizada. En la evolución de las lenguas este hecho no existe, porque el Verbo precedió a la acción. Las lenguas luchan solas, si lucha hay, independientemente de toda imposición pretoriana, como diría nuestro Don Miguel. Y allá van, a través de valles y cañadas, con los arrieros, con los caminantes, con los peregrinos... En este éxodo de la lengua, el poeta la fija en un instante de su evolución, esto es, la inmortaliza, pero la lengua sigue siempre marchando con los arrieros, con los caminantes, con los peregrinos... Y hay lenguas más trashumantes que otras. ¿Por qué razón? Misterio de la facilidad popular de creación de modismos y de expresiones, adaptados a la necesidad del momento, a base de la lengua oída y hablada y no de la lengua escrita. (Los grandes escritores son, en efecto, los que hacen la lengua, porque recogen el hablar popular vivo: el ideal es escribir como se habla, siempre que se hable bien. Aviso a los autores de pedantismos de origen docto, que pululan hoy, por desgracia, en la prensa española). Y el español es el tipo de lengua trashumante.

Ya sé yo que la lengua tiene más raíces en el corazón que en el cerebro y que forma también parte, y no pequeña, del paisaje. Por ello toda lengua merece nuestro respeto, que es el respeto al dolor y a la alegría del hombre, pues eso es la lengua; pero este factor afectivo no debe cegarnos para no ver la universalidad de ciertas lenguas—la universalidad del dolor y de la alegría de grandes grupos humanos—. Tal es el problema del español y de las lenguas regionales que se hablan en España.

No faltarán celosos defensores del espíritu regional para acusarme de querer fijar la evolución de las lenguas. Nada más lejos de mi intento porque nada más lejos de la realidad. Esto que digo del español lo digo hoy ante la realidad evidente de los millones de hombres que hablan la lengua de Cervantes y sin prejuzgar nada del porvenir. Pero el lector bien intencionado no necesita estas aclaraciones.

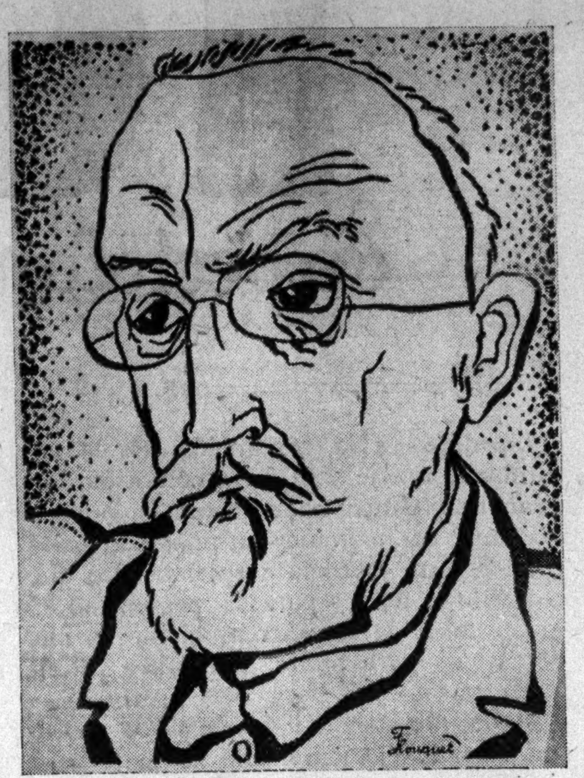
El caso-tipo de supremacía de una lengua es el del francés. El francés, la lengua de cultura universal, representa hoy en el mundo el papel que el latín desempeño en el siglo xviii. La decantada claridad francesa es el resultado de la precisión—de la perfección, diríamos—de la lengua, hasta tal punto que todas las ideas-fuerzas que gobiernan hoy el mundo, logran su difusión máxima gracias al francés, en el que encuentran, no sólo un vehículo fácil para la mayor parte de los hombres, sino un complemento que las explica, que las completa, que las define, con el orden riguroso del discurso y la corrección perfecta de la composición.

Esta universalidad de lengua de cultura del francés no ha excluído en modo alguno la vida, íntima podemos decir, por ser más local, de las lenguas regionales; el bretón, el provenzal, el catalán, el vasco y recientemente el alsaciano. Tratar de dar una mayor extensión al problema de las lenguas regionales, hacerle salir de la intimidad sentimental, en la que es realmente respetable, es practicar una política de campanario en una época que tiende a realizar el ideal de las mayores agrupaciones humanas. En este sentido, el exclusivismo, la intransigencia en materia de lenguas regionales son típicamente reaccionarios.

Respetables y respetados sean, pues todos los lenguajes regionales que se hablan en España, puesto que el respeto de cada uno de ellos no hará más que poner de manifiesto la vitalidad del país y la vitalidad de la lengua española, que puede muy bien soportar, sin peligro alguno para ella, ese lenguaje íntimo, repitámoslo, que representan las lenguas regionales.

Son algo más que esto—se me dirá acaso—puesto que pueden ser y son, en muchos casos, vehículo de expresión literaria. Dos ejemplos acuden naturalmente a mi pluma: la literatura catalana en España y la provenzal en Francia. Estos dos ejemplos no hacen más que confirmar el sentido localista de las lenguas regionales. La difusión en el mundo del texto provenzal de "Mirella", su comprensión en lo que respecta al espíritu y al color de la obra, son mí-

(Pasa a la página 62)




*Miguel de Unamuno*
Dibujo de *P. Flouquet*

## "Acrece, replanta y da valor"

= De *El Sol*. Madrid =

Ahora que más que nunca anda en lenguas la lengua española—queremos decir, es claro, la castellana—, se me dirige un joven recordándome cómo en Italia se formó una Asociación Dante Alighieri, que no sabemos si subsiste y obra, para difundir fuera de Italia, y, sobre todo, donde hubiere colonias italianas, el italiano, para hacer de este idioma un idioma ecuménico o universal; esto es: imperial. Y propone que, a semejanza e imitación de ello, se forme aquí, en España, una Asociación Cervantes para la difusión y el arraigamiento de la lengua española, no sólo entre las demás naciones de otras lenguas, sino en las que, teniéndola por nacional, la ven expuesta a graves acometidas. Y hasta, naturalmente, en la misma España.

Fiamos muy poco de semejantes Asociaciones, y menos en pueblo tan poco asociativo como el nuestro. Competería, más bien, a organismos oficiales el cuidar de ese menester de cultura española. Promover, por ejemplo, la creación de escuelas españolas en países de otra lengua y ayudar a los muchos lectores de español que en Universidades, Liceos o en academias particulares se cuidan, por ahí fuera, de difundir el mejor conocimiento de nuestra lengua. Y acaso ayudar también a los que con hábiles traducciones despiertan en otros pueblos el deseo de conocer mejor, y en su propia lengua, nuestra literatura.

Pero hay que principiar por el principio. Y es por difundir el mejor conocimiento de la lengua española en España misma. Si un pueblo aspira a que su lengua se haga ecuménica, universal, imperial en una palabra, es dentro de sí, en su propio seno, donde tie-

(Pasa a la página 63)

# El secreto del "Padrecito" ruso Lenin

= De *El Sol*. Madrid =

Cuando un pueblo encuentra su **Genio,** es en el doble sentido de encontrarse a sí mismo en un realizador, en un hacerse **Hombre** el **Dios** de ese pueblo. Toda religión—y un aspecto religioso es todo nacionalismo—necesita de ese Misterio, que unas veces se da en forma de **Revelación,** y otras, de **Encarnación.** Y a veces, simultáneamente.

El fenómeno del bolchevismo ruso ha sido un fenómeno religioso. Y en el sentido de que sólo Rusia ha sentido íntegramente ese fenómeno religioso puede decirse que es ruso tal fenómeno. Circunscrito, específicamente **genial** y suyo.

Mal entenderá el significado del **Comunismo** ruso quien le aplique fórmulas de tipo puramente sociológico. El comunismo de Lenin no ha sido para Rusia una Revolución francesa y sociológica. Sino una encarnación mística de oscuras fuerzas latentes y actuantes—en su subsuelo—desde centenios. No entenderá el comunismo de Lenin quien sólo vea en él los desemboques naturales y evolutivos de la Revolución francesa, de los principios del 89, llegados agravadamente por el conducto de Marx. No lo entenderá quien crea que el Amor libre, y la negación de la Propiedad, y el fanatismo materialista, y la edad de oro sobre la tierra, y la concepción del Hombre Masa, sean conquistas rusas derivadas de la civilización occidental, europea, a la cual superan o intenta superarla con ellas.

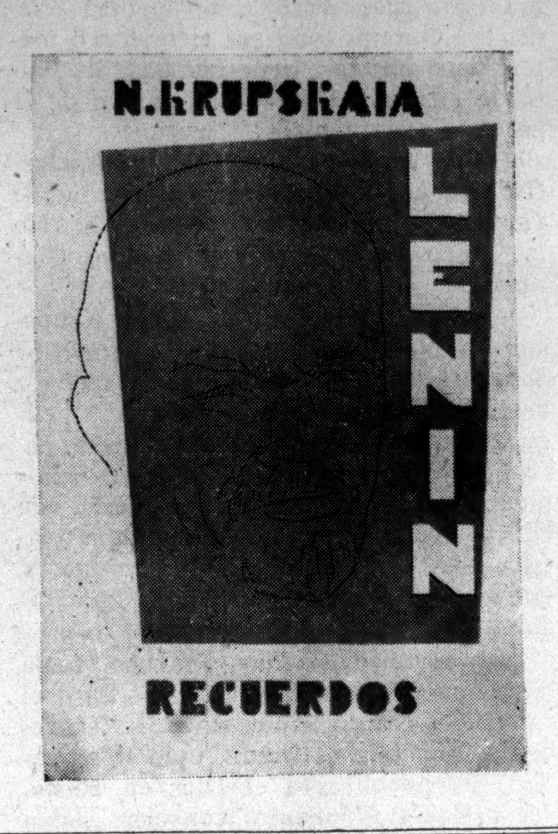
No es un descubrimiento para uno—pero lo es aún para muchos—que Lenin, al encauzar el gran destino de Rusia, no hizo sino situarse en la más pura tradición de su pueblo. Sin inventar nada. Inventar en el sentido de sacarse las teorías de la cabeza. Pero **inventando** todo en el sentido de **in-venire, llegar a:** llegar a los secretos hontanares que corrían en mágico solipsismo por las entrañas de su país, del modo como Dostoyewski llegara un día anterior a denunciar esos mismos subsuelos en su "humanidad novelada de Rusia".

Que Lenin haya tomado de Occidente el instrumental para esa perforación trascendente, eso es otra cosa. Que Lenin haya apoyado su esfuerzo en palancas de construcción americana y francesa y alemana, eso es otra cosa.

También Pedro **el Grande** había abierto las ventanas de Rusia para que el viento de Occidente diera fuerzas a la maternidad gestoria de Rusia.

Por eso Lenin sintió la veneración fraterna por Pedro **el Grande** de Rusia. Y admiró a Iván **el Terrible,** otro "padrecito nacido para la lucha de clases".

Hoy ya es conocida por nosotros la vieja leyenda campesina que sólo sabían—antes de Lenin—los campesinos del terruño eslavo: esa de la **Bestia sin Nombre,** esa que anunciaba el advenimiento en una era próxima de un **Vestiglo Anónimo** y maravilloso, que dominaría la vieja tierra eslávica; **Bestia sin Nombre.**




Lenin es el conductor de ese sueño ruso. Su Padrecito. El adventor del **Hombre Colectivo,** del **Magnífico Hombre Exterior,** del **Dividuo,** del **Hombre Mecanizado,** del **Hombre Masa,** de la **Entidad Impersonal Colectivista:** del **Comunismo Bestia sin Nombre.**

Ya el poeta Damián Bednii profetizó este **Ser,** este **Genio** de la santa Rusia:

Millones de pies: un único cuerpo...
Masas de millones: un único corazón...
¡Cadencia! ¡Cadencia!
Avanzan, avanzan marchando:
¡Uno-dos! ¡Uno-dos!

Y antes que ese Poeta, ya el gran Profeta de la Rusia de Lenin—Dostoyewski, el Bautista del Salvador ruso—lo había aclamado, al pronosticar el advenimiento del **Hombre Dios frente al Dios hombre...**

Era el viejo Evangelio ruso. Ese que se sabían las misteriosas y arraigadas sectas populares de la tradicional Rusia, como los **Molocanos,** los fanáticos de la propiedad comunal y antipersonal. Los **Clhystis,** cultores del pansexualismo, de la anulación de la propiedad en el sexo. Los Eskopzi, nihilistas románticos, que llegaban a la eviración. Los **Rascolniquistas,** que soñaban el Paraíso de Dios sobre la tierra. Los **Estudistas** y **Neoestundistas, que suprimían el dinero.** Los **Bagunnics** o vagabundos. Los **Estarobradzis** o negadores del sacerdocio, anticlericales, por considerar que nadie debía interponerse ante Dios. Viejas entrañas rusas que no habían dejado de palpitar

El viento de Occidente había traído el demonio de lo **personal,** de la **conciencia autónoma,** de la libertad...

Pedro **el Grande** había abierto la ventana en el siglo XVIII (unos querían cerrarla: los **narodnikiss** o casticistas. Otros, abrir toda Rusia como una ventana: los **occidentales).**

Los Zares, al impulso de la **intelighentsia,** fueron cediendo a ese dominio. Y se aliaron a él en la gran guerra. El demonio de la Libertad triunfante en Europa (1917), se comió a los Zares. Y se dió el gusto de bailar todavía sobre el cuerpo horrorizado de Rusia: de bailar en forma de Kerenski. ¡Socialdemócrata, europeo, bastardo, hereje! Pero allí estaba el San Jorge ruso para matar al Dragón. Allí estaba Lenin, Padrecito Lenin, Genio de Rusia.

**Donde hay Libertad no hay Es-**

# Lenin, antirretórico

= De *Luz*. Madrid =

Mirsky: *Vida de Lenin*. Editorial APOLO. Versión española de S. M. Barcelona, 1932. 258 páginas. Cinco pesetas

El caso de Lenin apenas tiene precedentes en la historia del mundo, como no acudamos a esa zona brumosa donde el poeta fragua sus titanes. Lenin, hombre "hacia fuera", radical antinarciso, que nunca se preocupó de su propia biografía, consagrado como estaba a la biografía colectiva, no pudo ofrecer a las gentes de todas las creencias biografía más personal y rica en relieves específicos.

Ni siquiera es la suya una vida de apóstol según la vieja marca, porque su apostolado es también único. No hay en él aureolas mágicas, las repudiaba todas. En ese gran pueblo "apocalíptico"—como alguien llamó a Rusia—, Lenin no hace retumbar jamás la trompeta oratoria. En vez de imágenes de urgencia blande razones ariscas, estadísticas enjutas, la cruda realidad. ¿No es el primer caso de un apóstol antirretórico? El mago estaba de él siempre ausente, subía a las grandes "visiones de conjunto" por la penosa escalera de los datos exactos. Cada hecho, un peldaño.

Por eso, al escribir—dice Mirsky— "obedecía a un estricto utilitarismo". Por eso le interesaban mucho más los escritores rusos del siglo XIX, sobrios y claros,—que los flamígeros y humeantes portaliras y portaantorchas más recientes. A Lenin—hace constar el biógrafo—"no le gustaba el extremismo izquierdista en la literatura ni en el arte, y siempre prefirió Puschkin a la poesía comunista del literato Maiakowsky". Frecuentemente llamaba "fraseología revolucionaria" a esa hiedra insoportable que suele crecer alrededor de las firmes y escuetas piedras donde se asienta toda nueva construcción social. La "fraseología revolucionaria"—que en Rusia ¡y en España! sólo puede servir para desacreditar toda revolución—era —naturalmente—la peor enemiga del gran revolucionario. Por eso su vida, mientras permaneció en Occidente, se dedicó por entero a conocer a los trabajadores, no a charlar con los teorizantes. "Su horror por la retórica—añade Mirsky—se manifestaba también en aquella repugnancia que, en general, sentía por todo énfasis".

Fué un constructor, es decir, un hombre de sencillos pensamientos, pero en marcha. La primera obligación de todo hombre genial que viene a la tierra es arrinconar un prejuicio, y Lenin vino para hacer añicos éste: "Una cosa es la acción y otra el pensamiento". Porque Lenin

(*Pasa a la página siguiente*)

**tado. La Libertad es un prejuicio burgués**—he ahí Lenin, Padrecito de Rusia—.**Oblomovof** le dió las gracias llorando de gratitud. El pueblo ruso podía descansar de nuevo en su mística felicidad de no **sentir el alma, la personalidad, el individuo. Almas muertas**—gogolianas—. El ánima estaba infectada de Libertad y dolía como una carie. Lenin sacó la muela de la plaza Roja. Corrió la sangre. Pero el pueblo descansó del dolor que producía la muela, la Conciencia. ¡**Nitchevó**!

Lenin había comprado sus fórceps, su instrumental de curandero, en la clínica alemana de Marx. Toda su aspiración—en adelante—fué la de un curandero mágico. El lograr una Rusia como una especie de Clínica dental inmensa. Como una **Fábrica** colosal. Su ideal de Rusia como "gran fábrica". Todos los hombres hechos tornillos, ruedecillas, engranajes: una **Máquina inmensa.** ¡Divinización de la **Máquina**! Máquina santa de Rusia. Que nadie sintiera dolor de muelas, peso en la conciencia. ¡De frente, march! ¡Uno-dos! ¡Uno-dos!

El mismo no sería más que un tornillo más fuerte en el artilugio. Un tornillo que "destruyese la personalidad", como había previsto otro profeta: Gorki.

**Imitación de la Máquina** en vez de **Imitación de Cristo.** Pues Cristo salvaba la personalidad. Y la personalidad debía salvarse, anularse, triturarse, en la máquina.

¡**Chicago**! ¡Una Rusia como **Chicago**!

> Chicago: ciudad
> construída sobre un tornillo,
> ¡ciudad electromecánica!

Así cantaba Maiakowski, poeta de Lenin, del tornillo fuerte. Lenin muere pintando rascacielos, soñando electrificaciones.

La **Ciencia, la dialéctica científica,** lo **científico:** he ahí la superstición del comunismo ruso. Pero, como analizó Friedrich Eckstein, todo ese cientifismo materialista del ruso tiene por base la "falta de curiosidad"; esto es, carece de la base de toda ciencia.

"¿Qué harían ustedes de un Nietzsche, de un Voltaire en Rusia?", se le preguntó a un dirigente comunista. "No les dejaríamos vivir", respondió sonriendo.

La viuda de Lenin, Nadejda Krupskaia, a la cabeza del Consejo Superior de Instrucción pública, mandó recoger de las bibliotecas públicas algunos peligrosos contagios para el dolor de alma. Las obras de Kant, de Platón, de Schopenhauer, de Spencer, de Marx, de Nietzsche. Ya Lenin había dicho que trataba a la filosofía como a un enemigo. Y que siempre la reacción se había guarecido en todo idealismo filosófico.

**Bog,** nombre de Dios en ruso, tenía la misma raíz que **bohaty,** rico. Para el ruso, Dios era un Señor, un rico. "La religión, por tanto, tiranía, opio del pueblo". El pueblo era el Dios en Rusia, decían las tradicionales consejas. Había que ir donde decían las consejas, esto es, con el pueblo. Era el modo de llegar al Dios ruso. Al **Hombre Dios.**

Lenin reposa con una mano sobre el pecho ante el desfile innumerable del pueblo ruso. El pueblo ruso no deja que lo entierren. Quiere contemplar esa mano que valió para alumbrarle su manantial, su propio **Genio.** El pueblo ruso quiere contemplarse a sí mismo. Espectáculo religioso. Drama de Rusia. Genio de Rusia el Padrecito Lenin.

**F. Giménez Caballero**

# *Lenin, antirretórico*

(*Viene de la página anterior*)

es acción y pensamiento fundidos. Como que es el intelectual que operó en vivo. Por algo le repelían los museos—depósitos de cadáveres, de residuos de historia—. Lenin salía de ellos fatigado. Tal abigarramiento de despojos—escribe Nadejda Krupskaia, compañera de Lenin— "producían a Vladimir Ilitch una impresión aplastante; diez minutos después tenía ya el aspecto de un hombre sobremanera fatigado..." Era la yerta incoherencia frente a una vivaz arquitectura humana: Lenin.

No podía sentir placer sino ante lo dinámico y bien construído, no podía entusiasmarse sino ante un robusto organismo en marcha.

Como que es el organizador por excelencia, lo más opuesto a la cobarde hiena intelectual que se ceba en los museos, a espaldas de la historia que hoy se está fraguando. ¿Quiere esto decir que Lenin no fuese un implacable investigador? Todo lo contrario. Recogía materiales escrupulosamente seleccionados; claro es que materiales vivos, no excavados. Conocemos a una especie de apóstol que conoce a los hombres por sus libros, por lo que otros libros dijeron de los hombres; pero Lenin prefirió conocer a los hombres por sus gestos, por su ir y venir y sufrir; vió a la humanidad cara a cara. En la Siberia, en Munich, en Londres, en Ginebra, en Finlandia... Conoció bien al europeo, porque su faena de investigador en vivo se extendió a "todos los países más avanzados desde el punto de vista industrial". Llamado a transformar radicalmente el país donde nació, se aplicó a conocerlo y a conocer—cuando hubo oportunidad—a los demás. Su capacidad de atención era enorme; su memoria, prodigiosa; así pudo ser también enorme su erudición, además de minuciosamente clasificada. Su texto solía ser el joven y apasionado. Del cual, antes de archivar la papeleta, solía restar la pasión. También atendía al hombre ya maduro, frío, calculador, a quien sabía inyectar un poco de vehemencia. Subrayaba en los hombres sólo aquello que podría servirle de auténtico material científico, ya fuese original o aportado, iniciativa o referencia comprobada.

Por eso, al escribir, dió siempre la impresión del hombre profundamente documentado. Exponía diestramente las más arduas cuestiones. Proscribía el efectismo y la frase, enemigos de la exactitud, de la verdad... Su prosa nunca podría ser declamada, sino lentamente leída. Es la del verdadero intelectual, y llamaremos así a todo aquel que penetre en la entraña de las cosas y desde allí haga funcionar su instalación de electricidad humana, no sobre la superficie para fascinar a incautos.

En un prefacio dice Mirsky: "Debo subrayar que este libro es una biografía de Lenin, y no una historia de la revolución rusa". Creo que el libro es, ante todo, una sabrosa lección vital para todas las gentes, piensen éstas como piensen acerca del problema político y del problema proletario. La aparición de un hombre genial es un suceso que debe colocarse por encima de toda escaramuza ideológica.

**Benjamín Jarnés**

# Realidad peruana

= De *El País*. La Habana =

El escaso apetito de noticias europeas y americanas que en nuestros países suele tener el hombre medio, se alimenta de unos bocadillos bastante secos que se llaman **cables**.

Lo grave de estos bocadillos no es tanto que sean escuálidos como que están confeccionados en los **pantries** norteamericanos con elementos artificiales, sintéticos. El jamón no es jamón: es una materia rosada, con algunas fibras de verosimilitud y mucho sebo engañoso, extraído de Dios sabe qué ancas innominadas. La misma mixtificación en cuanto al pepinillo, que tiene siempre un sabor de medicina, y a la mostaza, en que se agudiza extremadamente su gusto de emplasto.

Y es que estos sandwiches cablegráficos falsificados, más que el propósito de alimentarnos a los latinoamericanos, tienen la piadosa intención de curarnos disimuladamente. Padecemos de algunas enfermedades graves a los ojos del protomedicato yanqui, como son la gastralgia antiimperialista, la neurastenia de la libertad, la escarlatina comunista, etc. Y el Norte, cuya misión monroísta es desvelarse por la salud de nuestros pueblos, conociendo que somos unos pacientes harto impacientes, prefiere no ejercer de "médico a palos", sino administrarnos la medicina en esa forma indirecta de bocadillos.

Todo lo cual viene a cuento ahora en vista de los cables que algunos periódicos han venido recibiendo acerca de los trastornos políticos en Sud-América y particularmente en el Perú. A creer lo que dicen sobre la última sublevación contra el gobierno sánchez-cerril, el movimiento ha sido de carácter comunista. Comunistas son los perturbadores del sublime orden entronizado por el Coronel de Arequipa. Comunistas, y salvajes por tanto, los que en estos días se hicieron fuertes en la ciudad de Trujillo, mantuvieron en jaque a las tropas leales (los cables tienen un sentido formalísimo de la lealtad) y se rindieron al fin después de cometer incontables atrocidades. Cierto que, en los últimos despachos, a los agentes informativos parece que les tomó un escrúpulo tardío de exactitud, y deslizaron la indicación de que la revuelta era de origen **aprista** y respondía, por tanto, a las incitaciones doctrinales de Víctor Raúl Haya de la Torre. Pero aun esos cables venían graseados de modo que se entendiera bien que apristas y comunistas son poco más o menos la misma cosa, oficiantes de la misma misa negra.

Vale la pena destacar la mentira de todo ello, por el sólo gusto y deber que hay en denunciar toda mentira, y porque no debiéramos ya desperdiciar ninguna oportunidad de poner de manifiesto hasta qué punto los movimientos de la opinión latinoamericana, y por consiguiente la conciencia pública de nuestros países, está a la merced de esas fuentes nórdicas de **información**.

En este caso particular del Perú, todos los informes verdaderos que se tienen por la vía privada más fidedigna coinciden en reconocer que el actual movimiento revolucionario en aquel país representa el esfuerzo de la gran masa popular peruana por reivindicar los derechos que le fueron burdamente conculcados en las últimas elecciones presidenciales. El candidato **aprista**, Víctor Raúl Haya de la Torre, fué despojado en los escrutinios justamente del margen de votos necesario para triunfar sobre Sánchez Cerro. De modo que el desorden y la violencia actuales del aprismo, no son—como suele suceder en nuestra América—sino la consecuencia de un desorden y una violencia jurídica previas, por parte de los que tenían la sartén por el mango.

Haya de la Torre, a quien conocimos hace seis o siete años en la Habana, era entonces un joven ceceante, simpático y todavía instalado en un teorismo marxista de tipo absoluto. Después rodó mucho por esos mundos de Dios y de Marx. Estudió en Alemania y en Inglaterra. Visitó a Rusia. Meditó sobre la doctrina del gran judío y sobre las realidades americanas: las formas peculiares del imperialismo que sufrimos, nuestra incipiencia económica, el papel secundario de nuestra burguesía, lo embrionario y equívoco de nuestros **proletariado**. Fruto de esos estudios y meditaciones fué la doctrina aprista y la gran movilización de masas y juventudes con que Haya de la Torre está intentando realizarla en su país. Orientado en última instancia hacia el fin de reivindicaciones sociales que el comunismo propone, el joven leader peruano comprendió a tiempo que, a la luz misma de las ideas fundamentales de Marx, no es oportuna todavía la aplicación de las fórmulas iniciales del comunismo a la realidad peculiar de América.

Ultimamente, en vigoroso y sólido manifiesto lanzado por él al país poco antes de ser encarcelado e incomunicado por su despojador electoral, Haya de la Torre ha subrayado esa posición del Aprismo frente a la imputación confusionista que los corifeos de Sánchez Cerro, y sus cómplices informativos de los Estados Unidos le han venido haciendo:

**"Mil veces ya hemos ratificado esta declaración terminante: el Aprismo no es comunismo. Y no es comunismo, no porque los Apristas lo declaremos. Nuestra afirmación está fundada en el propio Marx. El comunismo científico, no el primitivo de los pueblos primarios ni el utópico y verbal de los fantaseadores revolucionarios, es una etapa social y económica posterior al industrialismo capitalista. La gran industria crea al gran proletariado, y cuando éste ha evolucionado suficientemente hasta alcanzar un alto grado de conciencia y de cultura, es que el comunismo es posible... Nuestro proletariado es incipiente, como incipiente es nuestra industria... mayormente extractiva, de materia prima o medio-elaborada... Nuestro industrialismo es económicamente colonial y nuestro proletariado como clase no puede gobernar aún".**

La afirmación—o si se quiere, la negación—no puede ser más categórica. En ese manifiesto Haya de la Torre examina, con criterio realista muy seguro, las condiciones sociales y económicas que autorizan a su juicio un relativismo político americano dentro de la orientación marxista. América, sin una economía propia, sin una burguesía creadora y circuladora de riqueza, sino meramente consumidora de ella, y por consiguiente parasitaria; sin un proletariado orgánico y dotado ya de la conciencia específica de clase, sino de una conciencia primaria de opresión, no puede todavía organizarse para la realización integral del programa comunista. Sus condiciones geográficas y de producción tampoco le permiten equipararse al caso de Rusia. El Aprismo propone, por consiguiente, un programa mínimo, orientado hacia la nacionalización previa de la economía, como base indispensable de toda ulterior conquista, y un programa máximo al cual están incorporadas, para su realización eventual, las aspiraciones ideales del socialismo.

Aun a riesgo de que me cuelguen ya alguna etiqueta las gentes de espíritu nomenclador, no ocultaré la simpatía que me inspira una doctrina que logra simultanear con indudable coherencia la comprensión de las realidades americanas y las convicciones finales que hoy aspiran a ordenar el caos del mundo. Pero los tiempos aún no están maduros en Cuba para una consideración detenida de esa ideología, que ha hecho el milagro de vitalizar la conciencia peruana. Limitémonos por hoy a dejar restablecida la verdad militante de un pueblo amigo, falseada, con su cuenta y razón, por los grandes confeccionadores de bocadillos cablegráficos.

**Jorge Mañach**

# Testimonios

El hombre que gobierna, que está colocado en esa terrible, dificilísima, brecha que es el Gobierno, apretado por innumerables problemas inmediatos que no admiten dilación, tiende, por fuerza, a cegarse para las cuestiones del futuro. Aplaude lo que en el momento le parece aprovechable y cómodo para su inmediata gestión y le irrita cuanto parece estorbar hoy sus movimientos, aunque sea hecho en beneficio del mañana. La cosa es perfectamente natural. Pero recordemos siempre lo del amigo Platón: que en una República no andan bien las cosas mientras cada cual no haga lo suyo. La enorme faena de crear un nuevo Estado exige un complicado y exacto reparto del trabajo. Y el que, por señas y aun sin señas, no entienda bien este tácito reparto del trabajo es un alma pequeña y un enemigo del nuevo Estado. El que gobierna, a gobernar, que es manipulación del presente; el que no gobierna, a preparar el porvenir.—José Ortega y Gasset.

---

Por lo que hace al instituto nombrado (1) las economías no podrían hacerse decorosamente. Las señoritas que allí se educan deben adquirir costumbres de la más elevada civilización sin llegar a los extremos del lujo. De otra manera la educación es incompleta. Crear necesidades congruentes con el estado de nuestro nivel más alto de civilización contribuye a mantener ese estado de civilización y a elevarlo. El hombre sin necesidades o con apetitos rudimentarios y de fácil satisfacción es un obstáculo al adelanto de las naciones. Cuanto se les merme en comodidades y decoro a las alumnas se le rebajará también en lo futuro a nuestro nivel de cultura.

Por falta de necesidades, de gustos enaltecedores, la materia nos domina. La obra de desbrozar las inteligencias y de hacer a la obra de la emancipación material y espiritual de la patria, les está encomendada por parte del gobierno, a las alumnas del Instituto Pedagógico Nacional de mujeres. Escatimarles unos miles de pesos al año, concurrir la voluntad, la atención y la sensibilidad de los colombianos del futuro es cortar o adelgazar hasta el peligro el lazo que nos liga con las generaciones futuras y a ellas y a nosotros con la civilización de que hacemos parte.—B. Sanín Cano.

(1) Instituto Pedagógico Nacional de Mujeres, en Bogotá.

# Los poetas hebreos españoles

= Del prólogo de la *Antología de Poetas Líricos Castellanos.* Tomo I, «Biblioteca Clásica». Madrid. 1890. =

(Veáse el *Repertorio* No. 1 del tomo en curso.)

Simultáneamente con la poesía de los árabes floreció en nuestra Península otra escuela lírica, de precio incomparablemente superior, y que forma con ella notable contraste. Me refiero a la poesía de los hebreos españoles, escrita por lo común en la lengua santa o en su dialecto rabínico, y alguna vez, aunque por excepción, en árabe. Al revés de la cultura científica de los judíos españoles, que viene a ser una misma con la de nuestros musulmanes, salvo la ventaja de haberla conservado los israelitas mucho más tiempo y haber iniciado en ella a los cristianos, la cultura filosófica y la cultura literaria desarrolladas en el seno de la sinagoga difieren profundamente de las que en el suelo ingrato de Islam tuvieron transitoria vida. Verdad es que la filosofía de los judíos, lo mismo que la de los árabes, procede casi por partes iguales de Aristóteles y de la escuela de Alejandría; pero como el talento metafísico y la aptitud para las altas especulaciones intelectuales han sido siempre mucho más aventajados entre los judíos que entre las demás agrupaciones de la familia semítica, gracias a su admirable educación o preparación religiosa, de aquí que su filosofía de la Edad Media, ya se la considere en el profundísimo libro de Ben-Gebirol intitulado **Fuente de la Vida,** donde nos parece escuchar la voz del armonismo plotiniano, ya en la invención de la Cábala, ya en las audaces doctrinas exegéticas del cordobés Maimónides y en sus esfuerzos para conciliar la Biblia con el Peripato, ya en el tradicionalismo o filosofía religiosa que Judá Leví desarrolló en el **Kuzari** y Abraham-ben-David en el libro de la **Fe Excelsa,** tiene un sello de grandeza, de profundidad, de idealismo místico, que rara vez nos presenta la filosofía árabe, como no sea en la novela del **Autodidacto** de Tofail, el mejor poema que conocemos de los musulmanes españoles, aunque escrito en prosa.

A este carácter de la filosofía hebraico-hispana responde exactamente el de la admirable escuela lírica que, con otros poetas menores, representan los dos excelsos vates, Salomón-ben-Gabirol (de Málaga o de Zaragoza), llamado comúnmente Avicebrón en las escuelas cristianas, donde se le conoció a título de filósofo, y Judá Leví, de Toledo, apellidado por los árabes **Abul Hassán el Castellano.** No hay dos mayores poetas líricos desde Prudencio hasta Dante. Al revés de la poesía de los árabes, que es comunmente frívola y cortesana, la poesía de los hebreos españoles es casi siempre grave, solemne y religiosa, como bebida en el manantial de los sagrados libros y en los más altos conceptos de la filosofía. Son muy pocos y bastante obscuros los poetas judíos que, siguiendo las huellas de la escuela árabe, se atrevieron a tratar de asuntos mundanos en la lengua de los profetas. Cítanse, no obstante, y son obras de gran curiosidad, las novelas de Salomón-ben-Zabkel y las del toledano Judá-ben-Salomón-Aljarisi (**Hemán el Ezrahita**), llamado por Graetz **el Ovidio israelita,** comentador e imitador de las **Makamas** o **Sesiones** de Hariri, serie de relatos tan célebre entre los orientales por sus primores lingüísticos. La empresa de Aljarisi, aunque mirada de reojo por los rabinos más severos, tuvo algunos imitadores, entre ellos Joseph-ben-Sabra, de Barcelona, y Abraham-ben-Hasdai, autor de una novela estética, **El Príncipe y el Nazir,** que ha sido traducida al alemán por Meisel. Es evidente, pues, que hubo en la amena literatura de los hebreos cierta influencia arábiga, si bien más en la forma externa que en el fondo, más en la gramática que en las ideas. El estudio profundo de los accidentes del lenguaje, iniciado conforme a la dirección de los árabes por los dos insignes tratadistas Menahem-ben-Saruk, autor del primer léxico, y Rabí Jonás-ben-Ganaj, de cuyos trabajos gramaticales ha dicho Renán que sólo los más recientes de la filología moderna pueden aventajarlos, contribuyeron poderosamente a la perfección y al primor que en la parte técnica ostentan siempre los cantos de los israelitas españoles, y a la pulcritud y limpieza con que, salvos ciertos arabismos, aramaísmos y formas rabínicas, escriben la lengua de David y de Isaías. La historia de esta escuela poética ha sido admirablemente ilustrada en estos últimos años por los grandes trabajos del Dr. Miguel Sachs (**De la poesía religiosa de los judíos en España**); del Dr. Zunz (**De la poesía sinagogal entre los judíos españoles de la Edad Media**); de Abraham Geiger, autor de un libro acerca de Salomón-ben-Gabirol y traductor alemán del **Diván** o cancionero de Judá Leví; de Salomone de Benedettis, que ha publicado en italiano una traducción mucho más completa del referido **Diván.** Esto sin contar con lo mucho y bueno que dicen los historiadores generales de la raza israelita, especialmente Graetz en su brillante **Geschichte der Iuden.** En suma, hay pocas provincias de la historia literaria que hayan sido tan completa y metódicamente exploradas como ésta, y es un dolor que resultados tan importantes no hayan entrado todavía en la general cultura. Los nombres de Gabirol y de Judá Leví, sobre todo, debieran ser hasta populares en España. Gabirol, llamado por Moisés-ben-Ezra el **caballero de la palabra,** murió muy joven. **De edad de 29 años** (dice uno de sus biógrafos) **se extinguió su lámpara.** Pero dejó tras de sí un rastro de luz en la sinagoga. Sus cantos, una veces sublimes, otras melancólicos, henchidos alternativamente de grandeza y de ternura, y figuran en todas las liturgias y se repiten aún en el día de Kipur,

## *Fragmento de las "Siónidas"*

= Versión de *S. de la S.*, para REPERTORIO AMERICANO, de la traducción inglesa de *Maurice Samuel.* =

No sienten el hambre tus viejas entrañas
de ver recogido tu triste rebaño
que yerra disperso por tierras extrañas,
y en aprisco propio guardarle de daño?

De los cuatro largos rumbos de la tierra,—
de playas inhóspitas y de mar sañudo,—
llorando más duelos que trae la guerra
tus hijos te envían dolioso saludo:

"¡Ay madre del alma, ay madre, si vieras!
Así como nunca se seca el rocío
de Hermón, la montaña de antiguas laderas,
tampoco la lágrima en el rostro mío".

¿Y yo, qué decirte? Judá el desolado,
mi voz es aullido de chacal, lamento
que se oye en la noche, jamás olvidado,
prendido en las canas revueltas del viento.

Pero cuando sueño que aviva tu gloria,
¡oh júbilo breve!, suelta en alegría
mi voz, y repite de fácil memoria
tus nombres más dulces que el arpa sabía:

Betel y Macnáyim, miel que endulza mieles,
Y Peniel, ilustre junta de varones
que Dios escogía entre Sus más fieles
para hacer estrellas de sus corazones:

Con luz de Su Nombre, no luz de lucero
ni de sol ni luna, brillabas: Las puertas
se abrían, que guardan el Fulgor Primero,
sobre ti, y estaban para siempre abiertas.

Allí donde Dios Su Espíritu daba
a Sus escogidos, ¡que me fuera dado
dar mi corazón!—Soñé que llegaba
a las viejas tumbas del Hebrón sagrado:

Soñé que en el bosque Carmelo vagaba
cuando el sol apenas se había apagado:
Soñé que en Habárim y que en Hor pisaba
subiendo a la cumbre del monte afamado:

Allí donde un día los nobles hermanos
hazañas hicieron más que el sol lucientes
tocaría el santo polvo con mis manos,
mordería el suelo santo con mis dientes,

lloraría llanto que me hiciera ciego,
por tu desventura; y ciego no obstante,
vertería lágrimas, lágrimas de fuego;
palparía el pecho tuyo palpitante.

¡Que fuese yo polvo que el viento esparciera
sobre el polvo tuyo! Consuelo no tengo:
Presa de los buitres tus águilas viera
en la visión honda desde donde vengo:

Tus leones, muertos, perros los olían
(¡El sol ya no tiene para mí colores!),
más que tus leones los perros valían:
¡Dime si he sufrido todos los dolores!

**Judá Ha-Leví**

libros de rezo judaico. La musa que inspiró a Ben-Gabirol, y que él representa bajo la hermosa alegoría de una paloma de alas de oro y de voz melodiosa, no es la poesía áulica, pedantesca y atenta sólo a las delicadezas gramaticales que entre los musulmanes hemos hallado, ni es tampoco aquella taracea de lugares de la Sagrada Escritura, a la cual vino a reducirse, en los poetas de la decadencia, la lírica religiosa de los mismos judíos. La inspiración de Gabirol es muy propia y personal suya; consiste en cierto lirismo melancólico y pesimista, templado por la fe religiosa, con la cual se amalgaman más o menos estrechamente las ideas de las filosofía griega, en sus últimas evoluciones alejandrinas. Su poema más extenso y más celebrado, poema metafísico y cosmológico, el **Keter Malkuth** o **Corona Real** (que pasa comúnmente por la obra principal de la moderna poesía hebrea), viene a ser una exposición de su filosofía, casi tan precisa y dogmática como el mismo famoso libro que en prosa compuso con el título de **Makor Hayim (Fuente de la vida).** El **Keter Malkuth** tiene más de 800 versos, participa de lo lírico y de lo didáctico, de himno y de poema **péri phúseos,** donde la ciencia del poeta y su arranque místico se dan la mano. Gabirol es un teósofo que interpretando simbólicamente la creación como inmenso jeroglífico que en letras quebradas declara el misterio de su esencia, nos conduce a través de las esferas celestes, hasta que penetra en la décima, en la **esfera del entendimiento,** que es el cercado palacio del Rey, el Tabernáculo del Eterno, la tienda misteriosa de su gloria, labrada con la plata de la verdad, revestida con el oro de la inteligencia y asentada en las columnas de la Justicia. Más allá de esa tienda sólo queda el **principio de toda cosa,** ante el cual se humilla el poeta, satisfecho y triunfante por haber encerrado en su mano todas las substancias corpóreas y espirituales que van pasando por su espíritu como por el mar las naves. El autor ha vencido de una manera extraordinaria la enorme dificultad de dar vida y movimiento a ideas abstractas.

Muy rara vez cultivaron los judíos la poesía de asuntos históricos. Gabirol nos ofrece una excepción en su elegía a la muerte de Yekutiel. Otras hay en el extenso **Diván** de Judá Leví, el más egregio de los poetas de la Sinagoga. No produjo la estirpe de Israel cantor más grande en su postrer destierro, y de él escribe Enrique Heine que el son del divino beso de amor con que el Señor marcó su alma, vibra todavía difuso en sus canciones, tan bellas, puras, enteras e inmaculadas como el alma del poeta. Poeta amatorio en los primeros versos de su juventud, renovador del sentimiento de la naturaleza en sus composiciones marítimas y de viajes, fué, sobre todo, inspiradísimo poeta religioso, nuevo Jeremías en las **Siónidas,** nuevo Asaph en el soberbio himno que se rotula **Kedusáh de la Hamidáh de la mañana para el día del grande ayuno.** La imperfecta versión que de él he publicado en verso castellano, puede dar alguna idea de la alteza de los pensamientos, ya que no de la magnificencia de estilo de este asombroso poeta, bíblico y sacerdotal en grado sumo. Así se explica que lograse autoridad casi canónica en las Sinagogas, donde todavía se repite **aquella famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, el aniversario de la destrucción de Jerusalén.** No fué encarecimiento poético de Enrique Heine el decir de tal hombre, cuya poesía es el depósito de todas las lágrimas de su raza, que **tuvo el alma más profunda que los abismos de la mar.**

Parece que los judíos, tan conocedores de la poesía árabe, no fueron tamposo extraños, aun en tiempos muy remotos, al conocimiento y aun al cultivo de la poesía castellana. ¿Quién sabe si la famosa Poética de Moisés-ben-Ezra, que yace inédita en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, guardará sobre nuestros orígenes literarios inesperadas y preciosísimas revelaciones? Del mismo Judá Leví, contemporáneo de Alfonso VI, sabemos que había compuesto versos castellanos, los cuales si es que en alguna parte se conservan (como se conservan sus versos árabes), serán sin duda los más antiguos de nuestra lengua. Todo induce a creer en una comunicación más frecuente y directa entre los cristianos y los judíos de España, que la que medió nunca entre los primeros y los árabes. Pero de aquí a admitir influencia positiva de la lírica religiosa de la Sinagoga en poeta cristiano alguno, hay un abismo que nada nos autoriza para llenar. Salomone de Benedettis ha notado extrañas coincidencias entre algunos lugares del poema de Dante y otros de Judá Leví. Fácil sería hacer la misma comparación y descubrir las mismas aparentes semejanzas en Fr. Luis de León y en otros; y ¿cómo no, si la Biblia era fuente común para israelitas y cristianos, y libro sagrado de entrambas religio-

## Separación

= Versión de *S. de la S.*, para Repertorio Americano, de la traducción inglesa de *Nina Salaman.* =

Si nos está decretado separarnos,
quédate sin embargo un momentito
mientras te miro el rostro.

¡Por vida del amor,
recuerda los días de tu anhelo
como recuerdo yo tu noche de deleite!

Oyeme, te suplico:
Así como tu imagen viene y va en mis sueños,
déjame que en tus sueños viva la imagen mía.

Entre tú y yo hay ahora
oleaje fragoroso de mar de lágrimas,
y no puedo pasar adonde estás.

Pero ¡ah, si te acercaras
para cruzarlas tú,
las aguas se dividirían al contacto de tu pie!

Te diré cómo te amo:
¡Qué dicha fuera si después de mi muerte
llegara a mis oídos
el son de campanillas de oro de tu falda!

O si preguntaras cómo le va a tu amado,
yo, desde el fondo de la tumba,
preguntaría por tu amor y tu salud.

¿Y tú, cómo me amas?
En verdad que del derramamiento de la sangre de mi corazón hay [dos testigos:
Tus mejillas y tus labios.

¿Cómo dices que no es cierto,
si ellos son testigos de parte de mi sangre,
y de que tú la derramaste?

¿Por qué deseas mi muerte
mientras que yo sólo deseo
añadir años a los años de tu vida?

Aunque me robes el sueño en la noche de mi anhelo
¿no les daría a tus párpados
el sueño de mis ojos?

¡Ay, entre la amargura y la dulzura
indeciso me tiembla el corazón:
La hiel de tu partida y la miel de tus besos!

Con tus palabras
como orfebre con martillo
me dejaste el corazón hecho una lámina delgada,
y ahora con las manos
me lo has rasgado en tiras.

Mientras hablas, te miro:
Semejanza de rubíes sobre perlas
son tus labios encima de tus dientes.

El sol está en tu rostro:
Tiendes la noche sobre su brillantez
con las nubes de tus rizos.

Seda fina y labor de bordado
son los cobertores de tu cuerpo,
pero de gracia y de belleza se cubren tus ojos.

Y labor de las manos
es el adorno que adorna a las doncellas,
pero tú—la majestad y la dulzura te decoran.

En el campo donde crecen las hijas de deleite
las espigas del amor se inclinan reverentes
delante de tu espiga.

Te fuiste y ya no oigo tu voz,
pero en los lugares secretos de mi corazón
qué vivamente escucho el ruido de tus pasos!

Cuando revivas a las víctimas
que murieron de amarte,
tus muertos vivirán otra vez:

Vuélvete entonces hacia mi alma y devuélvemela al cuerpo,
porque el día de tu partida, cuando te fuiste,
se fue de mí siguiéndote.

**Judá Ha-Leví**

nes, y si por otra parte eran comunes también o diferían poco las ideas metafísicas y cosmológicas enseñadas por la escolástica y por la astronomía de entonces? Lo que mucho prueba, corre el riesgo de no probar nada. Verdadera huella de influjo hebraico en nuestra poesía no la encontramos hasta el siglo XIX, en que el Rabí Don Sem Tob de Carrión ofreció al rey D. Pedro de Castilla sus **Consejos et Documentos,** curiosísima muestra de poesía **gnómica,** colección de sentencias que (como ha dicho ingeniosamente Puymaigre) parecen venidas de Bagdad o de Damasco. Y en efecto, mucho deben a las colecciones de máximas y aforismos de Honain-ben-Isaac y otros orientales. Esta filosofía moral rudimentaria, especie de **sabiduría de los pueblos,** es, juntamente con el apólogo y el cuento, el legado más positivo que la cultura semítica haya dejado a la nuestra.

Después de Sem Tob, los poetas de estirpe judaica que cultivaron exclusivamente la lengua vulgar abundan sobre manera. Pero lejos de ser influyentes ni marcar direcciones nuevas, se convirtieron en influídos. Sus obras figuran en los **Cancioneros** mezcladas con las de los trovadores cristianos; en ninguna cosa esencial se distinguen de las de éstos, ni siquiera en la procacidad y habitual grosería con que muchos de los cristianos nuevos y judaizantes, gente por lo común de baja ralea, como el mismo Juan Alfonso de Baena y el sastre de Córdoba Antón de Montoro el **Ropero,** cultivan la ínfima sátira y el género llamado **de burlas.** Durante los dos siglos XVI y XVII, los judíos continúan amoldándose al gusto reinante en España y a las sucesivas evoluciones de la poesía y de la lengua, siguiendo unas veces la pura tradición del lirismo italiano y clásico, como vemos en Moseh Pinto Delgado y en Esteban Rodríguez de Castro, y alistándose otras veces bajo las banderas del más tenebroso culteranismo, como lo hicieron Miguel de Silveira, Antonio Enríquez Gómez, Daniel Leví de Barrios y tantos otros. Sólo en las reminiscencias bíblicas y en la afición declarada a los asuntos del Antiguo Testamento suele descubrirse la filiación de estos autores, que, sin ser grandes poetas, dan testimonio del singular poder de adaptación y de la flexibilidad del ingenio y aptitudes, propia y característica de su raza.

**Marcelino Menéndez y Pelayo**

# *Don Miguel de Unamuno,...*

*(Viene de la página 56)*

nimas si se comparan con el poder de penetración de la "Fedra" de Racine o del "Cid" de Corneille. Un argumento de un paralelismo perfecto puede aplicarse al catalán y al español.

Y Don Miguel, nuestro gran Don Miguel, ha sabido ser el magnífico Quijote del español, de la lengua que él ha contribuído a crear y el comprensivo intérprete de las lenguas regionales, puesto que en ellas se ha expresado en una gran parte de su discurso. ¡Admirable y querido Don Miguel...! ¡Admirable y querido Don Miguel en quien la Gloria, España y la lengua se funden en la figura sublime y simple de Dulcinea...! Cuando Don Miguel me decía, en nuestros paseos por este París que no llegó a entrar en su espíritu—¡qué digo a entrar, ni a tocar siquiera su epidermis vasco-castellana!—: "¡Ay, me duele España!"—como si España fuese una parte de su organismo, esta trilogía de la lengua, del país y de la Gloria, se manifestaba de un modo evidente y grandioso. Nadie más español que don Miguel y nadie más sediento de inmortalidad que él. Y la lengua, la lengua española, la lengua que hablaba el creador de Cervantes—esto es, Don Quijote, como dice el Maestro—le ha servido para llegar hasta Dulcinea, hasta la Gloria. ¡Feliz él que supo llegar hasta ella armado de un arma tan pura y tan recia como la lengua del autor del "Sentimiento trágico de la Vida"!

El Destino milagroso—¡perdón, Maestro, ya sé que todo es milagro!—de Miguel de Unamuno le ha ido colocando en cada una de las encrucijadas trágicas de la historia contemporánea española, de tal modo que la España ideal, la que se identifica con la Gloria, va surgiendo de su ser robusto de viejo caminante de los senderos y de las trochas de España. El dolor de España es el de la creación; es el dolor de engendrar un ser, una lengua, un pueblo. Unamuno hace España y España le hace a él, como tantas veces lo he oído de sus labios.

Cuando en el nuevo Parlamento español, en el Parlamento que tiene el deber de hacer España, se ha erguido la figura venerable de ese gran Católico, de ese ferviente Nuestro Señor Don Quijote, de ese místico que corre los caminos de Castilla, llama a las puertas de los conventos y entona la liturgia con los monjes— "¡Fray Bernardino de Aguilar, monje profeso de la muerta jerónima...!"— cuando Don Miguel de Unamuno, en fin, se ha erguido en su escaño para comenzar su discurso con su extraña voz, y con su acento cortado, brusco, recio, la España ideal que desde hace tantos años representa, la que él lleva dentro, ha defendido sus derechos, que son los de una lengua inmortal.

Mi querido Don Miguel: mis primeras lecturas, las de los años mozos, las que dejan un recuerdo imborrable en el ánima, me hicieron evocar primero y seguir después al profesor de griego de la Universidad de Salamanca, en sus correrías por las tierras de Portugal y España. Más tarde, sentí la tragedia de la Vida y la de los Pueblos—¡y la de España!—en un libro que fué para mí el Evangelio de mi juventud. Y mucho más tarde, cuando ya conocía toda su obra escrita, el azar nos reunió en París y las tragedias de la vida—¡de la vida de carne y hueso!—trocaron mi admiración en cariño profundo. Testimonio de este cariño son las presentes líneas: ¡acójalas con benevolencia!

**Joaquín de Luna**

París, abril de 1932.



# ***Diciéndole adiós***

*Rumbo a Colombia ha salido nuestro amigo y colaborador, el poeta y periodista cubano don Alfredo Piñeyro Téllez. Con nosotros ha vivido algunas semanas, lo bastante para quererlo y apreciarlo. Oportunamente publicamos en este semanario algunos de sus versos agudos.*

*En Colombia, como en Costa Rica, seguirá ayudándonos, porque es de los que quieren que la revista crezca, que su situación económica sea bonancible y de este modo pueda cumplir mejor sus altos propósitos. Que tenga salud y éxito el compañero Piñeyro Téllez.*

*LA DIRECCION*

## "Acrece, replanta y da valor"

(Viene de la página 56)

ne que dotarla de universalidad, de imperialidad. En este caso, el cultivo extensivo tiene que ir precedido del cultivo intensivo. Si queremos que los otros, los extranjeros, se muevan a aprender nuestra lengua para mejor entenderse con nosotros, lo primero es que digamos en ella cosas que merezcan ser sabidas y ser sabidas en la forma misma en que se expresan. Recordemos la anécdota—histórica o leyendaria—de aquel rey de Inglaterra que le preguntó a un cortesano si sabía español, y cuando ése cortesano, algún tiempo después, le dijo que lo había ya aprendido esperando, acaso, que ello le valiera algún cargo, el soberano le contestó: "Pues ahora podéis ya leer el **Quijote** en su propia lengua". Una lengua, como la moneda, corre, logra curso universal, cuando es de oro de ley, sea cual fuere su cuño. El cuño no asegura curso forzoso. Aunque a las veces ocurra en lengua y en literatura algo parecido a lo que en economía monetaria se llama la ley de Gresham, o sea que la moneda mala expulsa del mercado a la buena. Así suele ocurrir no pocas veces con las malas traducciones que expulsan a las buenas.

Y ¿por qué las malas traducciones, las de baja ley, expulsan a las buenas? Porque exigen menos atención. Que es a lo que se debe que una gran parte de lo que se llama obra de vulgarización sea obra de avulgaramiento. La gente quiere ahorrarse atención, sigue la línea del menor esfuerzo y prefiere los escritos que le exijan menos esfuerzo para entenderlos. Y así se llega a una lengua imprecisa, hecha de tópicos, de lugares comunes y de fatales definiciones. Y más en país como el nuestro, donde, como no se enseña a escribir—en nuestra segunda enseñanza están casi proscritos los ejercicios de redacción—, no se aprende a leer. Cierto es que los ejercicios de redacción, lo que en Francia llaman los "devoirs"—lo hemos dicho antes de ahora, — exigen un enorme trabajo a los maestros que han de corregirlos. Y donde no se enseña a escribir no se enseña a leer, como donde no se enseña a bien hablar, no se enseña a bien oir y bien escuchar. De aquí que entre nosotros sean tantas las palabras que al cobrar un valor emocional, generalmente morboso, han perdido su validez conceptual.

¿Y la Academia?—se nos dirá—. Dejemos a la Academia con su lema de "limpia, fija y da esplendor". La vida es otra cosa. Una lengua nacional verdaderamente nacional, es la lengua de una nación, y una nación, que es un nacimiento—ciego o sordo "de nación" se llama entre el pueblo al que lo es de nacimiento,—que es un perpetuo nacimiento, es la que está de continuo naciendo, haciéndose—y deshaciéndose y rehaciéndose—en perpetuo proceso constituyente y reconstituyente. Lo otro, lo que se entiende en general, bien o mal, por académico, es cosa de Estado. Una lengua académica, oficial, es una lengua de Estado. Y si la nación es lo que de continuo nace, el Estado es lo que se está, lo constituído. Y si el Estado es lo que se está, también un estatuto es algo que se está, algo estatuído. Y lengua de Estado como lengua de estatuto no son propiamente, ni una ni otra, lenguas de nación, de nacimiento. El lema de una comunidad empeñada en que su verbo se difunda debería ser éste: "acrece, replanta y da valor".

"¿Qué hace usted—se me preguntaba no hace mucho—para defender nuestra lengua castellana?" Y hube de responder: "¿Que qué es lo que hago para defender nuestra lengua castellana? Pues decir y escribir en ella lo mejor que puedo y cultivarla y precisarla y rehacerla y hacer que esté haciendo, que esté renaciendo día a día, y arrancarla lo que puedo a lo más estadizo de su estado para volverla a su nación, a su nacimiento perpetuo. Y, como toda defensa tiene que ser ofensiva, con ella ataco para defenderla". Así dije y lo repito. Si los que escribimos en español decimos en él cosas de sustancia universal y duradera que no pueden comprenderse bien sino en la lengua en que las decimos en la lengua que las dice—y las piensa, pues es la lengua misma la que en nosotros piensa,—ya se moverán los demás a aprender esta nuestra lengua. Como yo me moví hace unos años a aprender el danés para leer a Kierkegaard, cuyas obras no estaban por entonces traducidas por entero a otros idiomas, lo que me permitió poder leer en su original además a Ibsen, Bjoernson, Hansum, Jacobsen y otros daneses y noruegos. Hasta el papel moneda, el billete de Banco, se defiende por el oro que tenga en caja el Banco que lo emita.

Hay que tener muy en cuenta que se piensa con palabras, o, mejor, que se piensa palabras, y que sólo piensa bien el que se expresa bien, que nadie tiene más ideas que palabras y a la vez que la riqueza no es cosa de cantidad, sino de calidad, pues vale más una onza de oro que un montón de calderilla, y que lo que procede es acuñar oro de ley de lengua. Y a la vez que hay que luchar contra la pereza mental de las gentes, que, conforme a esta nueva ley de Gresham de que decíamos, dejan la moneda buena, por no ensayarla y comprobarla, y se quedan con la mala. Aunque en este respecto se nota un muy grande adelanto en la masa de los lectores españoles, que cada vez hacen más esfuerzos de atención para librarse de la terrible costumbre de hacer que se piensa con tópicos, lugares comunes, frases emocionales, sentencias litúrgicas, definiciones programáticas y toda clase, en fin, de camelos.

Y además, en otro respecto, de nosotros, los españoles, de cada uno de noostros, aun sin asociación, depende que nuestra lengua llegue a gozar en las reuniones internacionales la misma consideración que el francés, el inglés y el alemán.

**Miguel de Unamuno**

# Bibliografía titular

*(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)*

Dos libros editados recientemente por Espasa-Calpe. Madrid:

Sara Martí: *Tres Sombras:* Novela. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1932.

Benjamín Jarnés: *Lo Rojo y lo Azul.* Homenaje a Stendhal. Novela. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1932.

Con este título acaba de publicarse una novela del ilustre escritor Benjamín Jarnés, quien hoy destaca en la moderna literatura española como valor de los más positivos, por su inconfundible personalidad y su intensa labor.

*Lo Rojo y lo Azul* viene a reverdecer los éxitos por este prosista alcanzados en ininterrumpida sucesión, a lo largo de los dos años últimos. Las biografías *Sor Patrocinio, La Monja de las Llagas,* y *Zumalacarregui, El Caudillo Romántico,* así como las novelas *Teoría del Zumbel* y *Escenas Junto a la Muerte,* constituyeron, en efecto, creaciones sobresalientes por las que discernióse a Jarnés el dictado de joven maestro de la actual novelística, género en el que hoy día se incluyen tanto las ficciones de la fantasía como las reconstrucciones, más o menos objetivas, de vidas que fueron. Labor, como se ve, amplia y profunda, realizada con admirable constancia, la cual se amplifica hoy mediante esta nueva producción, *Lo Rojo y lo Azul,* anunciándose en preparación la titulada *Miguel Servet.*

Aunque Jarnés manifestó hace ya tiempo las características sustantivas de su temperamento literario, de sus ideas y estilo, que aparecen indeclinables, con sello personalísimo, en todas sus obras, según proclamó la crítica, es natural que los núcleos lectores que son devotos de cuanto escribe encuentren más robustecido su criterio admirativo a medida que el novelista amplía el círculo temático de los aspectos o sectores de la vida y las ideas llevados al libro. En este sentido, toda nueva producción de Jarnés viene a reafirmar su positiva valía de escritor profundo y selecto que ha de dejar una de las obras literarias más intensas y valiosas de la época.

*Lo Rojo y lo Azul* es novela que si en el aspecto cardinal de inspiración y espíritu sigue la pauta de las anteriores, o sea que ofrece alto sentido de simbolismo denotador de la comprensión de las directrices de la vida y el ser, en el detalle de la trama, en el desarrollo de su acción, afronta ya más concretamente la sutil pintura de tipos y aspectos de hoy, y la exégesis de problemas e inquietudes de nuestro tiempo. Ese singular dominio del gran prosista para moldear sentido y factura, fondo y forma en un todo plástico tan personal y sugestivo es cualidad que culmina en *Lo Rojo y lo Azul,* circunstancia que marca para esta obra una mayor irradiación entre el público lector, que verá en la misma la interpretación de concretos puntos de vista por un agudo observador del panorama español y mundial del momento. Sus disquisiciones en torno al ejército, con la pintura del protagonista de la fábula, y hasta de recientes agitaciones ciudadanas; sus juicios acerca de tantos motivos encarnados en las luchas y ansias—individuales colectivas—de nuestros días, a los que únese otro de significado más reducido y local, como el referente a la jota aragonesa, hacen de *Lo Rojo y lo Azul* novela rica en ideas y sugestiones, densa de pensamiento y dinámica de acción; emotiva y humana; netamente española y, por descontado, orientadora en su manera de exponer y enjuiciar ese caudal de visiones y sugerencias aludido, para detallar el cual habría que dar proporciones exageradas a esta glosa.

Volúmen de 240 páginas. Precio: 5 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547. Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

# REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

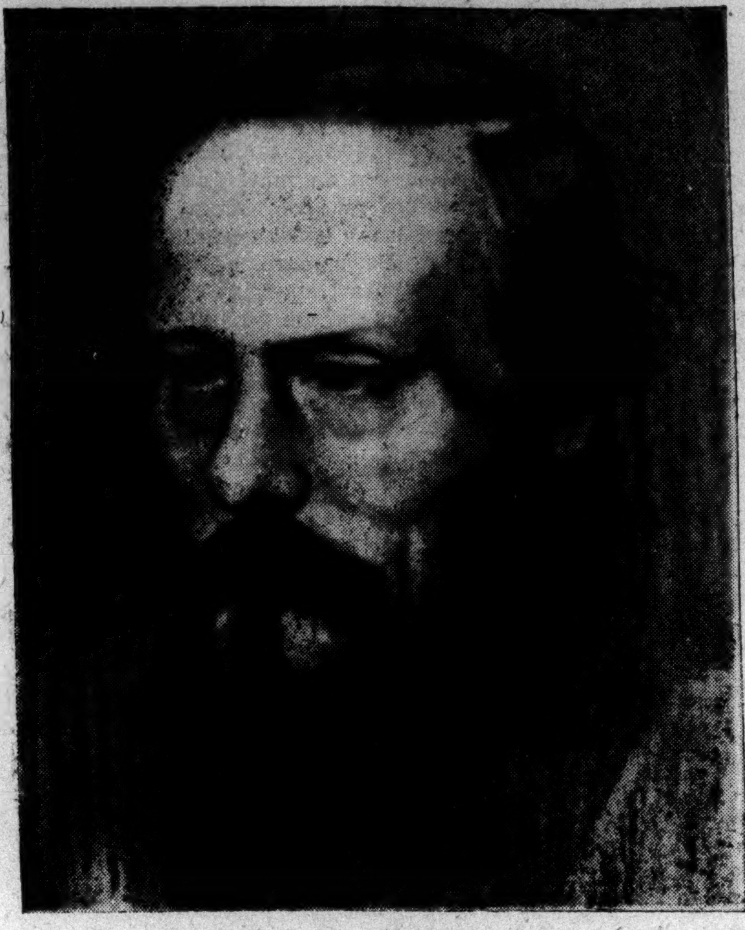
Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

## Dostoiewsky actual

= De *Luz*. Madrid =

André Levinson: *La patética vida de Dostoiewsky*, Versión española de Fabián Casares. Editorial Apolo. Barcelona, 1931. 280 páginas, con reproducciones fuera del texto. 7 pesetas.

Al penetrar en la vida de Dostoiewsky, como al penetrar en cualquiera de sus grandes novelas, es preciso resignarse a olvidar toda norma común humana, toda concepción de la vida generalmente aceptada. Es como entrar en una selva donde el guía más experto comienza a tartamudear, a perder la brújula. Ignoramos si en éste o en el siguiente minuto tropezaremos con un dragón, o nuestros pies se hundirán en un inesperado tremedal. Estamos en el confín de dos mundos: el de las cosas explicables y el de las inexplicables. Tienen los libros de Dostoiewsky—alguna otra vez lo hemos escrito—el encanto irresistible de una angustiosa vacilación sobre el abismo. Un espíritu en tortura va caminando por el mismo borde de la sima, por el mismo límite de las sombras y la luz.



Dostoiewsky

La vida del genial novelista ruso es otra de sus novelas, acaso la más seductora y terrible. Crueles inquietudes la recorren, una lucha constante entre dos vigorosas fuerzas la sacude, la arranca de todo casillero «normal», la empuja a los trances más dolorosos. El bien y el mal, el ángel y el demonio que, peleándose, crearon la magnífica Edad Media, se dan cita en Dostoiewsky para producir dentro de él sus más violentas escaramusas. La Edad Media con sus problemas espirituales, no se resigna a desaparecer; se deja rezagados a estos hombres—Gide, Dostoiewsky—, que suscitan con ímpetus nuevos las mismas borrascas íntimas.

El gran ruso—repetimos—escoge por teatro el mismo borde del infierno, de un infierno humano cien veces más patético que el de la teología. Como cualquiera de sus personajes, Dostoiewsky es un ardiente laberinto de congojas, de dudas, de contradicciones. Sólo un ruso, penetrado del espíritu de Occidente—según observa exactamente Mario Verdaguer—, podía arriesgarse a describir estas inquietudes, a la vez medievales y modernas, teológicas y del tiempo presente; sólo André Levinson, buen conocedor del alma rusa y del alma latina, podía hallar el punto de equilibrio necesario para revelar a los lectores europeos parte, al menos, de la verdad fosca, enmarañada, de Dostoiewsky. Su libro *La patética vida de Dostoiewsky* — que hoy aparece vertido al español por Fabián Casares—, es una excelente contribución al conocimiento del espíritu eslavo, además de ser una cuidadosa exposición del ejemplar único, del hombre sin par que escribió *El eterno marido*, acaso la mejor novela de Dostoiewsky.

En el prólogo a esta excepcional biografía ha escrito Mario Verdaguer: «Levinson, que ha contemplado la caída del mundo social de Dostoiewskx y que ha visto la revolución de los «Demonios», ha podido sentir y comprender el sentido patético de toda una vida que se ha ido incorporando lentamente y de cada vez más al patrimonio universal de la humanidad, como documento y como filosofía. Por eso sobre la obra de Dostoiewsky y sobre la obra de Levinson hay un común denominador: el símbolo de Puchking, seguido por ambos en dirección inversa.» El esfuerzo de Levinson tiende, efectivamente, a hacer de Dostoiewsky un autor universal, a afirmar—si ya no estaba declarada—la universalidad de Dostoiewsky. Para ello hacía falta iluminar la sombría figura, subrayar las fuentes de aquella angustiosa, epiléptica inquietud; poner en claro el enorme borrador de la vida de aquel hombre misterioso, que en cada uno de sus libros dejó vibrando parte de su misterio, un fosco problema de los que nunca resolvió, una escena de la antigua lucha entre el ángel y el demonio, renovada desaforadamente en sí mismo. El propio Levinson declara al final, de su trabajo: «La presente obra no quiere ser ni un estudio literario, ni una discusión doctrinal. Es una biografía; es, sin embargo, la biografía de un escritor. Por lo tanto, no se podía prescindir del examen de sus escritos. Pero la obra es tratada en función de la vida. He procurado situar esta vida en su cuadro material y en su ambiente intelectual. Los hechos y las frases que he reunido son rigurosamente auténticos; cada una de mis hipótesis sobre los puntos oscuros de esta historia pueden basarse sobre referencias dignas de fe. Unicamente dependieron de mí la elección de esos elementos y su interpretación». Cuantos se interesen por el gran escritor ruso hallarán, efectivamente, en *La patética vida de Dostoiewsky* datos y observaciones de legítima calidad biográfica. Además de un relato bien nutrido de conmovedores trances.

**Benjamín Jarnés**



Imprenta LA TRIBUNA